de sangre impura. El pa· rentesco con familias cristianas no significa una desviación, y, al contrario, con habilidad puede hacemos árbitros de sus destinos.

"Os escribo para exhortaros a la unión. Estanlos en un cammpo de batalla, y la discordia puede semos fatal. Os invito a que levantéis el Herem decretado contra alguno de vosotros, que por su gran riqueza y su influencia en las ahas clases y en el gobierno, puede aumentar el poder de la Sinagoga.

"Sé de cierto que él desea volver a la Sinagoga.

"No importa que se haya bautizado. Un judío bautizado no deja por eso de ser un judío. Pues es permitido al judío enngañar a los idólatras haciéndoles creer que pertenece a su culto; "lo prescribe nuestro bendito Yore de "ah".

La invitación del Rosch del Gran Kahal de Nueva York fué.para los judíos de Buenos Aires, lo que habría sido para los católicos un mandato del Papa mismo.

Pocos días después en la Sinagoga porteña, se levantaba soolemnemente el Herem lanzado treinta años antes contra los Blumen, y en la próxima Pascua, el nuevo adepto resultó elegiido Rosch.

Terrible afrenta para Mauricio Kohen y. abatimiento seguro de la influencia de los Meyerbeer.

Todo, sin embargo, sucedió en el masónico secreto en que se envuelven esas determinaciones, so pena de ruina o de muerte para quienes las divulguen.

Y nadie supo en Buenos Aires que Zacarías Blumen, el financista orgullo de la banca argentina y probable candidato a la presidencia de la nación, era el Jefe de la Sinagoga, Rosch del Gran Kahal.

ORO

(Segunda Parte)

El Extraño obrero del laboratorio

Marta Blumen había confiado a su padre el secreto de la nueva fortuna de Adalid: convertía el plomo en oro.

El banquero pensó que Adalid se había burlado de ella.

Después recordó haber oído a Julius Ram que del principio científico de la unidad de la materia se deducía la posibilidad de transmutar unos en otros ciertos cuerpos que llamamos simples.

Aquel día, en el Colegio Militar, escuchó con desdén tan sorprendente lección, porque los hombres prácticos desprecian a los filósofos.

Pero la explicación de Marta le hizo pensar de nuevo en la posibilidad de un descubrimiento que trastornaría los planes del Gran Kahal.

Si el valor del oro se derrumbaba, por haberse hallado manera de producirlo artificialmente, la Sinagoga no dominaría a los gobiernos ni podía arrastrarlos con cadenas de oro a la guerra universal, de donde iba a salir el superreinado de Israel.

Días después sus espías le hicieron saber que Julius Ram andaba en conciliábulos con Fernando Adalid. Y luego ocurrió la inverosímil resurrección financiera del Banco de Sud América, y del propio Adalid, y hasta el hecho de que el infeliz alquimista pagase sus deudas.

Valía la pena de estudiar el asunto. Por de pronto quiso esstablecer si aquellas doctrinas tenían su fundamento científico y no queriendo confiar a nadie sus inquietudes, allegó libros de química y física, y se puso a leerlos.

Quienes sabían que la investigación silenciosa, a altas hooras de la noche, no había sido nunca su afición, sorprendíanse de su afán y más viendo que su hija le ayudaba.

Todavía Marta no había descubierto ni en su frente luminosa, ni en su hermosísimo brazo la marca del Anticristo. Pero sentía en las mejillas el vaho de la Sinagoga, adonde ahora concurría, y en sus oídos silbaban como flechas las palabras del Talmud, contra los adoradores del Cordero.

Pero más que las cuestiones tedlógicas, que abandonaba a los rabinos, le interesaban los problemas de la raza. La hacía palidecer de ambición la idea de que gentes de su sangre serían reyes del universo. Tal vez el Antieristo, que ya existía en alguna parte del mundo, se fijase en sus ojos color de aceituna y en su cuerpo arrogante.

¡Ah, si Kohen la hubiese querido, qué lanza terrible para los cristianos habría

sido ella en las manos de él!

Pero aquel hombre, que descorrió ante sus ojos asombra dos los misterios del Kahal, no pensaba más en ella...

Marta no lo había visto desde el día en que tuvo celos de la joven periodista.

Una noche, el nuevo Rosch y Marta llegaron al final de un famoso tratado de química moderna, que decía así:

"El descubrimiento del radio ha transportado ese problema del terreno de las hipótesis y de las esperanzas, al más positivo de los hechos experimentales. Más allá del átomo según lo consideraban hasta ahora los químicos, existe un mundo maravilloso, que permite demostrar con pruebas rigurosas que el sueño de los alquimistas, el de la transformación de un elemento en otro, no es una quimera."

Quedaron mudos ambos, y de repente, ella, que hojeaba maquinalmente un libro, leyó en alta voz este pasaje:

"Un metaloide y un metal, azufre y mercurio, modificaados y tratados conforme al procedimiento que se indica, dan un cuerpo nuevo, que no es su combinación, y que convierte en oro los metales inferiores."

-Esa, es la piedra filosofal -contestó Blumen consterrnado.

-Confiesa, entonces, Rosch del Gran Kahal -dijo Marta con insultante sarcasmo-, que las teorías de Julius Ram esstán lejos de ser el desatino que tú creías. Por el contrario, son la afirmación audaz de lo que los más grandes sabios exponen tímidamente, como la base de la superquímica.

¡Extravagante final! ¡La química del porvenir coincidía en íos fundamentos de la despreciada, perseguida y hermética ciencia de los alquimistas!

Días después, Marta avisó al banquero:

-Julius Ram ha cambiado de casa. Tiene un laboratorio con gran chimenea, cerca del Parque Lezama.

Blumen se encogió de hombros. El Kahal de Nueva York io acosaba a telegramas cifrados, para que hiciera aceptar por la Argentina un empréstito de mil millones, a emplearse en armamentos.

Al lado de tan grandes manejos palidecían los pequeñoo negocios de Julius Ram.

Marta lo espoleó esa tarde con otra novedad:

-Todos los días, al anochecer, l1ega un auto al laboratorío, que está siempre cerrado. Adivina quién visita al profesor.

- ¡Fernando Adalid!

-El mismo.

-En otros tiempos, habríamos creído que fuesen manederos falsos. Ahora eso no tiene importancia ¿Por qué me miras así?

-Quiero hacerte una pregunta. Si Julius Ram fabricase oro, ¿podrían acusado de falsificador?

Blumen no supo qué contestar. Marta varió la forma de la cuestión:

-En los, países donde el oro es la moneda legal, ¿se consiidera moneda a un lingote de oro, aunque no esté acuñado?

-Sí, deduciendo algunos centavos que cuesta el hacedo acuñar.

-Entonces, allí el oro en rama o en lingotes ¿es moneda legal?

-Sí; de tal modo que ningún acreedor puede negarse él recibido en pago, como podría negarse a recibir cheques o monedas de plata.

-De donde resulta -concluyó Marta -que el que fabrica oro artificial es un monedero falso.

-¡No creo! Las leyes no han previsto el caso. Si del análisis resulta que el oro que saca de sus crisoles Julius Ram es idéntico al que se extrae de las minas de Alaska o del Transvaal, no puede acusársele de falsificador.

-¿Y los efectos de esa falsificación serían graves? Zacarías Blumen miró los· ojos que acechaban su respuesta. ¡Qué hermosa era aquella muchacha! ¿Por qué perdía tiempo? ¿Por qué no la ponía en contacto con el inventor, para que le averiguase sus secretos? Por sabio que fuese, Marta Blumen era capaz de quitarle el poco seso que le hubiese dejado la piedra filosofal.

-¿Tienes tu coche? Vamos allá. Hace años anduve en negocios con Julius Ram. Puedo volver a tratado. Y tú en· sayarías tus flechas de oro.

-¡Vamos!

Subieron a la Voiturette que ella lanzó como una jabalina de plata, en el atardecer.

El Parque Lezama podría ser el más hermoso de Buenos Aires. Ahora es solamente el más abandonado, como si el sur de la ciudad, venido a menos de su antigua aristocracia, no mereciera los honores de calles limpias ni de plazas cuidadas.

Las enjutas palmeras, dormidas en los senderos deslavados por las lluvias. Los plátanos pulidos y frescos y armoniosos como jaulas. Los gomeros de ramaje desmesurado. Las ea· soarinas airosas y elegantes. Las m.agnolias lustrosas y aristocráticas. Un laguito apretado entre rosales floridos, y, sobre el agua, quebrada por el oro de un crepúsculo porteño, un patito solitario y audaz, traído por la casualidad extra· vagante, que suele ser madre de la belleza.

A la orilla de las platabandas, en las rinconadas de los macizos, escaños pintados de verde. Allgún tinterillo que deja su oficina y va a leer su diario. Algún marinero, desertor de la taberna, donde sus camaradas beben y juegan al dominó; muchas niñeras, muchos niños, muchos colegiales, todavía con sus carteras y sus delantales, y no pocas parejas de enaamorados de quienes no apartan el ojo los guardianes.

Exóticos silbatos de vapores; impacientes campanas de transvías; irritantes claxones de automóviles; espesa voz de la ronca ciudad, cortada por el diamante de un pájaro, que canta la frescura de la noche, desde la fosca ramazón de un álamo.

En las vecindades del Parque Lezama, en un caserón que permaneciera años sin inquilinos, con reja a la calle, como un colegio o una prisión, y persianas eternamente cerradas, había instalado Julius Ram su laboratorio. El inmueble ocu· paba un gran sitio, y además del jardincillo al f.rente, que nadie cuidaba, tenía una huerta de frutales, abandonada a los gatos y a las estrellas.

Eran las vacaciones y el profesor no salía, ni recibía visitas.

Una sirvienta o su hija hacían el mercado, pero tan de ma· drugada que nadie las veía.

Solamente al atardecer deteníase el auto de un señor, que bajaba presuroso y abría la puerta con su propio llavín. Tode volvía a su misteriosa quietud, hastá que una o dos horas después, la puerta crujía en sus bisagras, para dar paso ad disscreto visitante, que desaparecía en el tráfago del Paseo Colón.

Las casas del lado eran fábricas, de altos paredones y sin ventanas, sobre el predio contiguo, de modo que nadie podía espiar la huerta de Julius Ram. Y como por allí .son numerosas las chimeneas, no sorprendía al ver humear la de aquella casa, que en otro tiempo fuera herrería y fundición de metales.

Algún curioso podría, empero, preguntarse por qué el humo de las otras casas era oscuro y liviano y se deshacía en el aire, mientras que el de Julius Ram se remontaba denso como una barra, y tenía en la noche fulgores de púrpura.

Marta Blumen, que había sabido por Fernando Adalid, la nueva dirección de Julius Ram, detuvo su Voiturette sobre el lado opuesto del Parque Lezama.

Bajaron los dos y se internaron en las callejuelas. El vaho de la noche ascendía de la cierra húmech y envolvía la arboleda .silenciosa. Los pocos transeúntes no paraban mientes en ellos.

-Papá, no has contestado mi pregunta: si este hombre hubiese descubierto la manera de producir oro artificial, ¿qué ocurriría?

-¿En qué? ¿En dónde?

-En los negocios del mundo, en tus negocIos, en...el Kahal.

Zacarías Blumen no creyó que debiera disimular ante su hija, que era su aliada.

-Los negocios del mundo .se trastornarían. Imagínate el mundo como un inmenso tablero de ajedrez. De pronto, Dios o el diablo, revuelven las piezas. ¡A comenzar de nuevo, con otras ideas y otros recursos!

-¿Y tus negocios?

-Se desmoronarían como un merengue bajo la pata de un defante.

-¿Y la política del Kahal?

-Ya sabes que el instrumento por excelencia del Kahal es el oro. Si el oro pierde su valor, se nos rompe en la mano la unica arma que sabemos manejar.

Llegaban adonde había un grupo de personas conversando a la luz de un farol. .Sus sombras se pintaban fuertemente sobre el suelo arenoso. Marta bajó la voz:

-¿Tú no conocías los proyectos de Julius Ram:?

-Sí; pero lo tenía por un loco.

- ¿Y ahora crees en él?

-No se; te lo diré cuando haya visto su laboratorio.

-Y si fuera verdad, ¿qué harías?

El banquero miró a Marta con malicia.

-Te lo entregaría. ¿No dicen que tu sonrisa es invencible? Sin sentir la pendiente habían llegado a una especie de terraza, a buena altura sobre el nivel de la calle. Desde allí se dominaba la casa del sabio, sus hornos y su huerta. Por ios vidrios de una ventana interior se divisaba lo que parecía el laboratorio, iluminado por resplandores de tonos cambiantes, como los de una fragua.

-¡Mira, papá!

Por primera vez vieron a Julius Ram sin sobretodo, con un blusón de obrero.

-¿Sabes qué parece la cabezota enorme sobre el cuerpc raquítico? Una albóndiga en la punta de un tenedor.

Zacarías Blumen guardaba silencio.

-¿Bajamos, papá? Hoy no ha venido Fernando Adalid.

Tú llamarás a la puerta y te harás conocer. Yo llegaré al rato. A los dos juntos quizá nos desconfíe. Pero una vez que tú hayas entrado me harás pasar a mí.

Bruscamente Zacarías sujetó a su hija por el brazo.

-¡Mira! ¿Quién es ése que lo acompaña?

Otra sombra se pintaba en los vidrios. El corazón de Marta latió con violencia. No era Adalid. Tampoco parecía un obrero.

Marta, maquinalmente, dijo su nombre y se arrepintió:

-¡Mauricio Kohen!... ¡Pero no, no puede ser!

-Sí, efectivamente, se le parece... Ahora no vale la pena ir. No nos abrirán.

Precisamente ahora Marta quería ir.

-Probemos -dijo con resolución.

Descendieron por una escalinata de ladrillos hasta la acera.

Desde allí nada se veía: la casa ge Julius Ram quedaba en la sombra, detrás de una cortina de árboles.

Blurnen se adelantó y fué a llamar a la puerta del laboratorio y dejó transcurrir algunos minutos.

La puerta no se abrió.

La joven, cansada de aguardar, cruzó la calle y se reunió con él.

-He llamado tres veces -le dijo Zacarías- y no responden. Se ve que no quieren abrir. ¿Llamaré de nuevo?

Marta quería saber qué negocios tenía Mauricio Kohen con Julius Ram. Pero si no había abierto al tercer llamado, era inútil insistir.

-Vámonos. Hoy no abrirán; y ése que está adentro no saldrá hasta que esté seguro de que nos hemos ido. -¿Te pareció, de veras, Mauricio Kohen?

-¡Sí! ¿Por qué te extraña?

-No me extraña más a mí que a ti. No sé qué puede intentar aquí ese hombre. Como no sea enamorar a la hija... ¿conoces a la hija de Julius Raro?

María fingió no acordarse de ella, y respondió fluiosa:

-Hoy no nos abrirán; peor para ellos. Antes de tres días volveremos y sabremos a fondo el secreto de Julius Ram. ¡Deja el asunto por mi cuenta!

II

La Virgen Sonrie a Berta

¡Qué Poco sabía Marta del impetuoso personaje que penetró en su vida y la envolvió en una ardiente ilusión, y la abandonó por una cristiana sin fortuna!

Pero, ¿era cierto que él la hubiese abandonado? ¿Su conducta no tenía alguna otra explicación?

Puesto que lo descubrió en el laboratorio de Ram, ¿por qué no sospechar más bien que aquel hombre de negocios festajaba a la hija, no por amor, sino para obtener los secretos del padre?

Al pensar esto sintió rahia y alegría juntamente. Había utiilizado contra Mauricio los inmensos recursos de la banca de Blumen. Lo había hecho arrojar del Kahal y casi de la Sinagoga, sin que él adivinara la mano que lo hería.

Pero no había sido capaz de arrojado de su corazón. Tenía que confesárselo en voz -baja, abochornándose de su debilidad como de una gran caída.

Lo amaba. Y ahora empezaba a temedo. Sentíase mitad judía, mitad cristiana. Sufría el sentimiento cristiano de los celos, que la mujer judía no conoce; y al propio tiempo la angustia de haber suscitado un enemigo, que si llegaba a adueñarse del secreto de Ram., podría pulverizar la fortuna de los Rheingold y de su padre.

Lo habían desplazado del Kahal, pero no lo habían excomulgado de la Sinagoga. Zacarías Blumen prefería no remover asuntos viejos. Algún anciano de buena memoria podría recordar las circunstancias en que Matías Zabulón entregó el zapato a Sarah Zyto, que más tarde casó en Varsovia con el futuro Rosch del Kahal porteño. Aquella historia de la guerra del Paraguay prestábase a las intrigas de los pasquines: que si llegaban a deocubrir tan rico filón, exprimirían la bolsa del banquero a trueque de no escudriñar por qué su padre cambió de nombre.

Marta se alegró de que Mauricio Kohen quedase en 1a Sinagoga. Ahora que ella pertenecía al judaísmo temblaba que él pudiera hacerse católico. Necesitaba hablarle de nuevo y averiguar los motivos de su visita al laboratorio.

¿Por qué la puerta inaccesible para ella y su padre, se abría para él?

La mordía la duda. A ratos creía en lo que le dijo Fernado Adalid. A ratos se sublevaba contra su propia creduli· dad. ¡Convertir el plomo en oro! ¡Patraña! Pero si fuese vtrdad, el poderío de Kohen no tendría límite.

Esto lo había comprendido la hermana de Mauricio, Thamar Kohen, antes que Marta, y había inducido a su hermano a penetrar en el laboratorio de Ram. Veamos de qué manera.

Thamar Kohen vivía con el pensamiento en los destinos de Israel y atento el oído a los rumores de la última, definitiva revolución, que fundaría el trono

inmortal del Anticristo.

En la soledad y la m.editación, espiaba las maniobras del Kahal. Veía sobre el mapa del mundo avanzar la serpiente que apretaba en sus crudos anillos a las naciones. Y veía cómo, en el fondo de la crisis, iba cuajando la enorme guerra que acabaría con la civilización cristiana. Antes de veinte años la humanidad dejaría de contar las fechas, a partir de Cristo, y las contaría conforme al calendario judío.

Buenos Aires era un buen observatorio, por ser uno de los tres o cuatro grandes centros israelitas del globo.

Más la política de Israel complicábase por la discordia de la banca, dividida en los dos grupos de que hemos hablado: los Meyerheer contra los Rheingold.

Mientras la Sinagoga de Buenos Aires estuvo dirigida por Kohen, la influencia de los primeros fué incontrarrestable

Las doctrinas financieras de este grupo estaban de acuerdo con la idiosincrasia del país, el cual nunca había conocido el oro moneda, habiendo vivido siempre bajo el régimen dei curso forzoso.

Por el contrario, el grupo de los Rheingold, que guardaba en sus cofres la mayor parte del oro del mundo, preconizaba la vuelta de todas las naciones al régimen del patrón oro.

A raíz de la elección de Elías Silberstein, hechura de los Rheingold, para Rosch del Gran Kahal de Nueva York, no tardó en sentirse una nueva dirección en los negocios argentinos.

Por ese tiempo Mauricio refirió a Thamar su aventura con Marta Blumen, y ella se alegró.

Apenas conocía a la hija del banquero, mas había adivinaado su temperamento contradictorio: nervioso y calculador, rebelde y místico, fogoso y displicente, mezquino y romántico.

Por su belleza, su audacia y su fortuna podía ser un vigoroso fermento israelita dentro del campo católico, y el mejor aliado de los Kohen en su larga batalla contra los Blumen. ¡Cómo exultarían en la tumba los huesos del viejo rabino, su padre, y los de Zara Zyto, la de los cabellos de fuego!

Pronto, empero, comenzaron sus inquietudes. Su hermano, que jugaba con la más tentadora muchacha de Buenos Aires, como un gato con un ratón, se había dejado cautivar por los ojos profundos de Berta Ram.

¡Inexplorado mundo de las almas! ¿Qué gota de sangre cristiana se había filtrado en el milenario corazón de Kohen, para que apareciera un amor romántico, en la trigésima geneeración de los sacrificadores?

Y cuando él le refirió la escena del Colegio Militar, y la mitación de Marta Blumen, Thamar quedó cavilosa.

-Yo conozco mejor que tú a esa mujer, sin haberla traatado -le respondió-. La has enamorado, le has contagiado tu espíritu, mejor diré el mío; has hecho de

ella una arma -terrible, y la abandonas en ~nos de nuestro adversario. Y ella, que no tiene costumbre de sufrir semjantes derrotas, se vengará.

-No temas. Me quiere y me obedecerá...

-¡No es a tí al que quiere! Es al super hombre que creyó descubrir en tí, encarnación de su raza, hermoso e inaccesible y dominador, a tal punto, que una vez te preguntó si eras tú el que 'Vendría en su propio nombre, el Anticristo....

-Es verdad.

-Ahora, viéndote prendado de esa otra muchacha, ha descubierto los pies de barro de su ídolo. Ahora te desprecia y no te necesita. Le has enseñado nuestros secretos, y los utilizará contra tí.

Bajo el hechizo de su fresca pasión, Mauricio no comprendió aquellas razones.

Al poco tiempo sintió en la carne el hachazo de la Sinagoga. El Kahal de Nueva York dispuso la readmisión del excomulgado en 1900, tras de lo cual vino su elección de Rosch.

Thamar estaba sola en su habitación, una calurosa mañana de estío, cuando su hermano le comunicó por teléfono su derrota, y el resurgimiento de Zacarías Blumen, lo que no era más que un episodio en la fiera batalla de los Rheingold contra los Meyerbeer.

Cuestión financiera más que religiosa. Blumen era uno de los hombres ricos del globo.

Tal vez el más rico, si sólo se computaba el metal contante y sonante, conforme al genuino criterio israelita. Sabíase que aparte de inmunerables valores y propiedades, podía disponer de las reservas de su propio banco, no menos de diez millones de libras esterlinas en oro.

La fortuna de los sultanes, en las más acaloradas fantasías de Oriente, eran puñados de tierra en comparación del tesore de Blumen.

Muchas veces los periódicos extranjeros habían comentado con pasmo y envidia, el que un hombre solo, pudiese manejar a su arbitrio, retener o lanzar al mercado o arrojar al fonodo del mar, aquello que valía más que un gran ejéreito y más que una gran escuadra con la carbonera y el polvorín llenos.

Y ese judío renegado, el hombire que la despreció a ella, Thamar Kohen, por casarse con una cristiana, se apoderaba ahora del Kahal, obteniendo una victoria que era una nueva afrenta.

La estirpe sacerdotal de los Kohen, herida en la raíz, no reverdecería nunca más; y sus enemigos entonarían cánticos de victoria.

Este pensamiento enfureció a Thamar. Desde su ventana miraba su jardín interior, donde el sol hacía estallar ramilletes de jazmines y de rosas, las mejores rosas de Buenos Aires.

En una jaula de tiernos rbamibúes silbaba un zorzal; y entre los abigarrados malvones revoloteaban maripositas amarillas y blancas, nacidas allí, para

quienes aquel breve y tranquilo espacio, era un mundo vasto y vibrante.

Una abeja de oro, embriagada en el cáliz de una rosa, cayó sobre el desnudo brazo de Thamar.

-¡Señor! -pensaba ésta, indiferente a la hermosura del día y a la gracia de las flores.- Mis años de juventud, por la culpa de ese hombre, fueron arrollados y escondidos como la tienda de un pastor.

Gruesas lágrimas mojaron sus mejillas y sus labios murmuraron la maldición de Jeremías:

-Acuérdate que yo hablé en su favor para desviar de ellos tu ira. Y me han devuelto m1a'1 por bien. Entrega, pues, sus hijos al hambre y al filo de la espada. Y que sus mujeres que· den viudas.- Y que sus hombres mueran de peste. Y que sus jóvenes perezcan en la guerra. Y que se escuchen los alaridos que salen de sus casas. Porque han cavado una fosa para hacerme caer...

Advirtió la abeja dormida en su brazo y delicadamente la colocó sobre el aféizar. Eso le recordó que llevaba como se· gundo nombre el de Débora, que en hebreo significa: "la abeja".

Mauricio, a veces, la llamaba así, complaciéndose en la extraordinaria figura de aquella Juana de Arco judía, libertadora, juez y profetista, que dió a Israel su mayor victoria y el más entusiasta cántico de guerra que haya compuesto ningún bardo hasta hoy.

Amaba su primer nombre raro y elegante, como ella, porque Thamar significa "la palmera". Además le suscitaba el trágico recuerdo de la dulce hermana de Absalón, cuya deshonra fué semillero de venganzas horrendas y encendió la guerra fratricida en casa del rey David.

Sólo que su alma no era la de la oprimida Thamar, por más que ella también fué traicionada. Más se parecía, en verrdad, a la impetuosa Débora, y gustábale repetir en su idioma aquella prodigiosa canción, que hizo entrar en el combate y pelear en favor de los hebreos y en contra de Sísara, general de los cananeos, hasta a las estrellas indiferentes.

"Los montes se derritieron delante de Jehovah.

"Despierta, despierta, Débora… Las estrellas, desde sus órbitas, pelearon contra Sísara.

"El torrente de Sisón arrolló sus cadáveres. "Despahnáronse los cascos de los caballos por las arremetidas de sus valientes

"Bendita sea, entre las mujeres, Jahel, mujer de Haber Cineo; sobre las mujeres, bendita sea en la tienda.

"Sísara pidió agua y dióle ella leche; en tazón de nobles le presentó la más pura crema.

"La madre de Sí.sara se asoma a la ventana y por entre las celosías dice a voces: ¿Por qué su carro tarda tanto en llegar?"

La bendición de Jahel, dos veces en el texto sagrado, metía plomo derretido

en las arterias de Thamar.

Porque Jahel acogió a Sísara, general de los cananeos, venncido y sediento y lo escondió en su tienda, y le dió a beber leche, y cuando lo vió dormido, a martillazos le clavó en las sienes una estaca.

"Y la tierra reposó cuarenta años" --dice el cántico de Débora. (Jueces, 5.)

Esa noche Maurico comió en casa de Thamar.

-¿Me contaste una vez que el padre de esa Berta Ram esun sabio?

-Sí.

-¿Un alquimista?

-Sí.

-Explícame: ¿qué entiendes por alquimista?

-Un hombre que produce oro artificialmente.

-¿Y tú lo crees posible?

-Sí, creo. Julius Ram produce oro en sus laboratorios.

-¿Te lo ha dicho… ella?

-¡No! Se lo he oído a él.

-Si eso fuera verdad, ese hombre podría damos la victoria sobre nuestros enemigos: hundir a Blumen y a los Rheingold y afianzar el poderío de los verdaderos israelitas.

-Ya veo lo que quieres: que me entienda con él y aprenda sus secretos. ¿No sabes que en su casa encontraré a su hija, Eena Ram?

Thamar hizo un gesto impaciente.

-Por ella, cometiste la mayor imprudencia de tu vida. Que ella ahora te salve.

-¿Y si el tal secreto de Julius Ram fuera una impostura? Thamar respondió con otra pregunta:

-¿Has oído lo que se dice de Fernando Adalid?

-Sí: que Ram trabaja con dinero suyo. Que sus nuevos laboratorios los ha construído el Banco de Sud America.

-Yo he oído más que eso…

-Ya sé lo que vas a decirme; pero no creo una palabra.

Son fábulas de Marta Blumen. Ahora ella daría cualquier cosa, por no haber desparramado en toda la ciudad que Fer· nando Adalid ha salvado su banco y su fortuna gracias a Julius Ram que ha descubierto la piedra filosofal...

-Efectivamente -respondió Thamar-; Marta Blumen daría cualquier cosa por no haber propalado ella misma las historias de Julius Ram. La gente comienza a creer… La situación de Adalid confirma esa explicación. Aunque mañana se dijera que Julius Ram es un impostor, la gente, que se ha apoderado de la fábula....

-Pero, ¿crees tú que sea una fábula?

-Ahora no soy yo la que duda, sino tú. No importa. Si esa muchacha es tu novia…

-No, no es mi novia...

-¡Bueno, lo que sea! Pídele que te introduzca en el laboratorio de su padre, y ayuda a éste en sus trabajos, y que todos sepan que crees en él, y has invertido dinero en su empresa... -Ya es tarde para eso; Adalid se ha adelantado y figura como el capitalista de Ram.

- Julius Ram es judío y se entenderá mejor con hombres de su raza.

-¡Qué equivocada estás! Yo también creía eso, pero Ram es del Líbano, de estirpe árabe y católico de religión. Lo sé por su hija...

Thamar miró severamente a Mauricio.

-¡Estás enamorado de ella! ¿Has pensado que un Kohen, de la familia de Aarón, no puede casarse con una católica?

-Sí, he pensado.

-¿Por qué la festejas, entonces?

El respondió con humildad:

-Al principio, esto fué un agradable pasatiempo. Cuando descubrí que ella me quería, pensé que nunca podría ser mi mujer, y quise no verla más. Mil circunstancias hicieron immposible mi propósito. Tú misma ahora me pides que me valga de ella para entrar en casa de su padre. Ya vez cómo, por una u otra razón, no puedo alejarme.

-Sí -replicó Thamar-. Esa es tu mejor arma para destruir al hombre que funda su poder en el oro. Si Julius Ram necesita dinero, dispón de mi fortuna. Con la ayuda de su hija, llegarás antes que Adalid a saber las fórmulas del alquimista. Ella puede ser tu amiga, pero nunca tu mujer.

Aquel consejo, al estilo de los Protocolos de Sión, que Thamar nunca hubiera dado tratándose de una joven de su religión, irritó a Mauricio.

-¿Piensas, Thamar, que ella escucharía una sola palabra de amor de un hombre que no pudiera ser su marido?

-¿Cambiará ella de religión? ¿Te casarás con ella conforrme a nuestra ley? ¿Se sentará ella bajo el palio, entre dos madrinas, y se dejará cubrir la cabeza con el Taled, a la ma· nera de Ruth, sobre la que Booz extendió su manto? ¿Querrá beber el vino de la Sinagoga, en el vaso que tú luego romperás a sus pies, en memoria de la destrucción de Jerusalén? ¿Acepptará tu anillo y dará tres vueltas a tu alrededor, bendiciendo al Señor que ha creado al hombre y a la mujer y ordenado que vivan juntos? ¿Consentirá que arrojen sobre ella granos de trigo, diciéndo las palabras santas:' "creced y multiplicaos", y que por cena le ofrezcan un huevo y un trozo de gallina como presagio de docilidad y de fecundidad? ¿O cambiarás tú, yos casará un obispo en una iglesia?

Thamar tenía los ojos llenos de lágrimas, al recordar las sutiles ceremonias del casamiento talmudista, que nunca vió realizarse en ella, oprobio inolvidable e imperdonable.

-No sé lo que será; pero yo no cambiaré.

Mauricio escribió pidiendo a Berta una entrevista, y ella lo citó a la puerta de una antigua iglesia, de la Virgen Inmaculada, adonde solía ir a confesarse.

-Yo estaré allí al atardecer. Saldré cuando lo vea y con· versaremos en la plaza.

Kohen le respondió zumbonamente:

- Yo deseo verla y usted me cita en la iglesia. Cuando ussted quiera verme, yo la citaré en la Sinagoga.

También para Berta, aquel amor no buscado y resistido cuanto se puede resistir, era una fuente de ilusión y de inquietudes. ¿A dónde iba por esos caminos? ¿A la apostasía o a la aventura?

Se encaminó temprano hacia la iglesia para estar sola con sus pensamientos, delante de esa Inmaculada que amaba desde niña.

En un rosetón de vidrios de colores, chispeaban las últimas luces del día. La sed osa y transparente penumbra se apelotoonaba en los rincones de la nave.

El aire tibio olía a cera quemada. Pero cerca de su altar favorito sentíase sólo el perfume de los jazmines que morían, sin ajarse, a los pies de la Virgen.

Amorosa y envidiable agonía, más parecida a la resurrección que a la muerte.

Desde hacía varios meses, la Virgen conocía las penas de Berta Ram, y le sonrió cuando la vió venir.

Pero ella, Berta Ram, no advirtió la sonrisa. Rezó atropeelladamente un avemaría, a manera de saludo, y su imaginación voló a otra cosa. Involuntariamente sus labios, purificados por las palabras del ángel Gabriel, repitieron, como una oración, mejor dicho, como una queja, una frase de Mauricio Kohen: "hay algo sin remedio que nos separa, y es la religión. Yo no podría cambiar ni usted tampoco."

No, seguramente, ella no podía cambiar; ¿pero él? Ella había leído en su libro de misa un pasaje de la epístola del apóstol Santiago, que constantemente llenaba su memoria: "Si aíguno de vosotros anduviere errado, lejos de la verdad, y otro lo trajera a ella, sé pase que aquel que convence a un pecador del error de su camino, salvará esa alma de la muerte y cubrirá la multitud de sus propios pecados." (Santiago 5, 19.)

-¡Madre mía! -exclamó con angustia y con fé-. ¡Toca su corazón y dame la gracia de convertirlo!

En el silencio de la iglesia, sonora como la caja de un violín, oyó aproximarse un blando arrastrar de pies. Reconoció al lego sacristán, envejecido en el servicio de Dios. No le veía dessde hacía algún tiempo, y le pareció veinte años más viejo.

Seguramente ese hombre, pobrísimo y enfermo, era perrfectamente feliz, con su conciencia en paz, y próximo a la muerte.

Lo vió coger una caña, para apagar las útlimas velas y se le aproximó

-Hermano: ¿no habrá un padre para confesarme?

El viejo sacristán la miró de lado, como diciendo para su coleto: ¡A buena hora se le ocurre a ésta confesarse! Y len· tamente se metió en la sacristía.

Salió un sacerdote, que se dirigió a un confesionario. Berta se acercó a la ventanilla.

Se confesó para que él conociera un poco su alma, y luego le preguntó ruborizada y ansiosa:

-Padre. ¿Es posible la conversión de un judío?

-Sí, todos los días lo vemos. ¿Alguien le ha dicho que no?

-Le explicaré, padre. Yo estoy enamorada de un judío, obstinado en su religión. Tiene el orgullo de su raza y odia a Jesucristo. En esta situación, comprendo que sólo un milagro podría cambiar su corazón. Y llego a creer algo desesperante.

-¿Qué es lo que cree?

-Que la conversión de un judío es el más difícil de los milagros.

-No, eso no puede creerIo un católico; se lo habrá dicho él...

-Tal vez. Pero, ¿no es así?

-No, hija; no es así. Todos los milagros son iguales para la omnipotencia de Dios; lo mismo el llenar de aceite el cán· taro de la viuda, que alimentó a Elíseo, que el resucitar a Lázaro...

-Yo creía -respondió Berta ingenuamente- que conver· tir a un judío era más difícil que resucitar a un muerto.

-Porque usted, en su trato con ese hombre, ha sentido el orgullo de una raza a la que Dios mismo llamó de dura cerviz. Populus dura cervicis es.... Duro, obstinado, voluntarioso, Dios, que nos ha creado libres, parece vacilar cuando tropieza con la voluntad humana que hace del hombre en su pequeñez, la imagen y semejanza suya.

-Entonces, ¿no debo tener esperanza?

-Escúcheme. Hablando el lenguaje familiar, podemos decir que el milagro que usted desea, es de los más difíciles para Dios....

-¡Mi pobre judío! -exclamó Berta con tristeza y ternura...

-La gracia divina -prosiguió el confesor-resbala como el rayo del sol en un espejo, sobre la piedra blanca del orgullo, y parece condenado a no penetrarIo nunca. Y, sin embargo...

¿Me oye?

-Sí, padre; con ansiedad le oigo.

-No hay piedra que .no tenga poros por donde pueda filotrarse y ablandarla, esa gracia, que es la sangre de Nuestro Señor Jesucristo.

El acongojado corazón de la joven saltó de alegría. El sacerdote continuó:

-El hombre, a quien usted ama, seguramente no es más judío que Saulo, descendiente de la familia de Abraham, y dela secta de los soberbios fariseos; enconado perseguidor de los primeros cristianos. Un día, en el camino de

Damasco, lo de arriba y lo ciega la primera luz de la gracia. Y oye la voz del Señor: "Saulo, Saulo: ¿por qué me persigues? ¡Inútil empeño el tuyo, dar coces contra el aguijón!" (Hechos, 26, 14.)

-¿Qué quiso decirle el Señor?

-Esas palabras significan: Yo soy el que te llama y no tú el que me llamas a mí. De manera que es inútil que quieras auir de mí, si yo te he elegido. Mi gracia no la doy a los hombres en consecuencia de sus méritos, sino de mi propia elección. Y ellos, por un camino o por otro, llegan a mí… Porque eso no depende del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que hace misericordia…

-¡Padre, apenas entiendo!

-Ya lo sé; estas cosas son extensas y profundas. Por ahora, pídale a Dios 'la conversión de ese hombre, y no le preocupen sus palabras…

-El dice que el judaísmo es una marca indeleble, y no la borra ni el martirio.

-¡Presunción, vanidad! Las marcas que hacen los hombres, las borra Dios con la misma facilidad con que el mar borra los dibujos trazados en la arena por la mano de un niño. Ese hombre no es más judío que Saulo; y Saulo, convertido, fué San Pablo. Rece y espere. No olvide que este pueblo de dura cerviz, fué el pueblo elegido. Cristo mismo es de la estiro o de David. Y el propio San Pablo ha dicho: "¿Pensáis que Dios ha desechado a su pueblo? No, puesto que yo soy del linaje de Abraham, de la tribu de Benjamín. Y si los judíos son enemigos vuestros, a causa del Evangelio, no olvidéis que son muy amados del Señor, a causa de sus padres y de las promesas que les ha hecho (Rom. 11.)

-Me consuela saber esto, saber.

-Rece y confíe, porque está escrito en LsaĺÍas y lo repite el mismo San Pablo: que de Sión saldrá el libertador que dessterrará la impiedad de Jacob, y todo Israel se salvará. (Id.) In nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti…

Berta apenas pudo contestar: Amén. Tenía los ojos llenos de lágrimas y el pecho palpitante.

Ya en los vidrios de colores se habían apagado los últimos rayos del sol. Aun había un poco de luz hacia la puerta, y allí junto a la pila del agua bendita, esperaba un hombre.

Parecía triste. Berta pasó, sin hablado, saludándolo apenas con los ojos, y aguardó en la plaza, que antaño fué el campoosanto de la iglesia.

Más que triste, él estaba resentido contra ella, que se había tardado una hora, en el hueco del confesonario. ¡Extravagante costumbre católica!

-¿Se puede saber de qué hablaron tanto tiempo?

-Hablábamos de usted -contestó Berta apretándole la mano con amorosa confianza.

-¿Está alegre?

-Sí.

-¿Por causa de lo que habló con ese… cura?

-¡Sí!

-¿Quiere decirme de qué hablaron?

- Yía le he dicho: hablábamos de usted Los detalles se los contaré otro día. Ahora dígame para qué me ha citado…

-Yo, en cambio, estoy triste.

Ella lo contempló largamente. Un rayo del Kahal había aniquilado su grandeza entre las gentes de su nación. Y ella tenía la culpa, pues provocó le venganza de una mujer.

¡Oh, si aquel rayo del Kaha1 produjese el efecto del que derribó a Saulo en el camino de Damasco, apagó sus ojos y alumbró su alma!

Esto pensaba Berta, mirándolo, y él adivinaba sus pensaamientos, como si fueran escribiéndose en la frente pura, que el rubor teñía de rosa.

-¿Usted adivina lo que yo pienso?

-¡Sí!

-Dígamelo y le diré si es verdad.

-No; voy a decirle para qué la he llamado.

Apartáronse del camino y sentáronse en un banco, al pie de un negro eucalipto, que se pintaba sobre el pálido cielo.

-¿Es verdad que su padre ha encontrado el secreto de fabricar oro?

-Sí es verdad.

- ¿y cómo siguiendo siendo...?

-¿Siendo pobres? -dijo ella, completando la frase de él.

-¡Eso mlsmo!

-Mi padre se lo explicará mejor que yo.

-¿No guarda su secreto?

-Sí; pero si viene usted conmigo, para usted no habrá secreto. ¿Conoce usted a don Fernando Aidalid? ¡Sí! Bueno, mi padre trabaja actualmente para él.

-Yo había oído decir eso pero no quería creerlo. Quien propaló esa especie fué Marta Blumen.

-Sí; a raíz de la corrida al Banco de Sud América, que se ha salvado gracias a mi padre.

-¡Berta!

Mauricio Kohen miró receloso a su joven amiga.

-¿Pero eso no es una impostura?

-No, puesto que yo se lo he oído decir a Adalid en persona.

Mauricio meneó -la cabeza:

-No le creo a Adalid ni una palabra. A su padre le creería… ¿Le ha oído usted a él que haya producido doscientos millones de pesos en oro?

-No, mi padre nunca da cifras. Para él lo mismo es un gramo de oro, que una tonelada.

Fijaron para el día siguiente, al anochecer, la visita, y se separaron.

Mauricio Kohen hallaba oscuras las respuestas de la joven y ésta se burlaba de su escepticismo. ¿Por ventura no es igual, para un sabio, producir un gramo que una tonelada? ¡Mi padre no es un fabricante; mi padre es un sabio!

III

Mitad Judía, Mitad Cristiana

En ninguna parte halló a Mauricio Kohen, ni pudo averi· guar sus planes. Pero como estaba en juego su amor propio, se resolvió a buscado en su ofióna.

Llegó en su Voiturette nueva, color platino, que su padre le había regalado, y dijo su nombre.

La ordenanza volvió con esta irritante respuesta:

-El señor presidente está en reunión de Directorio. Si es urgente el asunto de la señorita, puede atenderla el gerente.

Marta maldijo la impaciencia que la llevó a la oficina de Mauricio Kohen, y su coche emprendió una fuga loca, a riesgos de estrellarse.

-¡Has merecido, por estúpida, que ese hombre te diera con la puerta en las narices!;-iba deciéndose-. Has ido a buscalo y ahora se estará riendo de ti. Y si alguna vez lo encuentras, te mirará de arriba a abajo, como un rey... Si él supiera que has sido tú la que lo ha hecho vencer en el Kahal, te odiaría. Pero no te odia; te desprecia, y está enamoorado de una dristiana. ¡Tú, por él, te has vuelto judía y él, por ella, se volverá católico!

Esa noche bailó hasta el alba en el Roxy y bebió ocho whiskies. Estaba chispeante y sus amigos la hallaron encantadora. A uno de ellos lo besó, delante de todo el mundo; a otro le regaló un anillo, que llevaba de mascota hacía años;

-¿Estás estudiando boxeo? -le preguntaron.

-¡No, estoy estudiando química! -replicó ella, que no dominaba ya su lengua-. Quiero saber si es verdad que el plomo se puede convertir en oro.

-¡Estás borracha! -le dijo brutalmente uno de los como pañeros-o Vamos a tu casa.

-¡Vamos! -respondió, dejándose conducir-. No estoy borracha; estoy aburrida de todos ustedes. En Buenos Aires no hay más que un hombre.

-Ya lo sabemos, Marta. Para ti no hay más que un hombre. Mauricio Kohen. Pero ése no te quiere.

-¡Tú sí que estás borracho! -repuso Marta, con ganas de abofeteado también. Mas era su mejor amigo, y le pero mitió que subiera con ella y ocupat"a el volante.

La Voiturette, como un rayo de luna, quedó el resto de la noche a la puerta de su casa, donde su dueña la abandonó.

Marta halló a tientas el camino de su dormitorio, y se arrojó vestida sobre la cama, bajo la mortecina claridad de su lamparilla.

Para rematar un torrente de visiones confusas, soñó que Mauricio Kohen la llamaba por aquel teléfono del cual naadie más sabía el número.

Se sentó alucinada y embrutecida y descolgó el receptor, y escuchó estas

palabras:

-Buenos días, Marta. Ayer no me anunciaron su visita.

Estaba, es cierto, en reunión de Directorio; pero habría planntado todos mis negocios y los ajenos por conversar con usted... ¡Qué gratitud, qué serenidad penetró el corazón torturado de la infeliz!

Pero flotando aún su espíritu en la penumbra del sueño, buscó la explicación. Nunca había hablado a Maurieio de tú, y esa vez se atrevió.

-¿Es tu voz, Mauricio? ¿Es realmente tu voz o estoy soñando?

Oyó entonces la risa que le había cautivado, la risa en que su oreja descubría como una maravillosa aleación, el timbre de varios metales: la piedad y la ironía; la fuerza y la con· descendencia; la amistad y tal vez el amor...

Nadie en el mundo, para ella, tenía la risa de Mauricio Kohen.

-Si es tu voz, háblame. ¡Qué bien has hecho en llamarmel y él, que sabía de memoria pasajes enteros de los Libros Santos, le respondió con las palabras de David, que pudiendo matar a Saúl con su propia lanza, le perdonó y le dijo:

-Sí, es mi voz, mi rey y señor ¿Por qué mi señor pero sigue a su siervo? ¿Qué crímenes ha cometido mi mano? que el rey, mi señor, se digne ahora escuchar mis palabras..."(I. Samuel, 27. 18.)

La somnolencia de Marta se disipó completamente. Había 'tomado todas las precauciones para que él no adivinase nun· ca sus intrigas en el Kahal. Ahora la hablaba de tú por primera vez, y de sus palabras se desprendía una acusación: "¿por qué me persigues?"

Tuvo vergüenza, quiso cerciorarse y le preguntó:

-¿Qué quieres decirme con esas palabras: "mi rey, mi -señor"?

Volvió a oír la simpática risa de Mauricio.

-¡Nada! Cuando usted me ha preguntado si era mi voz he recordado un texto que se lee en el primer libro de Samuel, y le he respondido como David a su mortal ene· migo Saúl. Pero le declaro que no significa nada...

Marta conservó la duda: ¿qué sabía él de sus intrigas? Sintió un agudo alfilerazo en las sienes y exhaló un quejido.

-¿Qué le pasa?

Puesto que él no la tuteaba, ella dejó de haberlo.

-He dormido mal: me duele la cabeza. La culpa la tiene usted. Me dió mucha rahia el que no me recibiera ayer. Le habría pegado un tiro con mucho gusto.

-Y con toda justicia -agregó él-o Explíqueme ahora lo que ayer fué a decirme, si no prefiere que vaya a buscarla, para que salgamos juntos, como antes, ¿se acuerda? -¡Venga a buscarme! -respodió ella brevemente. “

Thamar quedará contenta -pensó Mauricio-He reeconquistado la mejor fortaleza de mis enemigos".

Pasearon juntos, por los caminos de La Plata; y Mauricio negó alegremente que tuviera nada que hacer· con Berta. Iba a su casa, no por ella, sino por su

padre...

-¿Es verdad lo que se dice, que fabrica oro?

Mauricio tardó un poco en la respuesta.

-¿Quiere comprobado usted misma?

-¿Cómo?.

-Yendo al laboratorio.

-No me abrirán la puerta, aunque llame cien veces.

Entonces refirió Marta lo que Mauricio ya sabía, que cierta noche habían ido juntos, Zacarías Blumen y ella.

-¡Es claro! Su padre no es persona grata.

-Mi padre tiene más interés que yo en presenciar los experimentos... ¿No puede usted hacerlo entrar?

-Sí, puedo. A usted y a él… ¿Quiere ir esta noche?

Yo no podré acompañada; pero voy a prevenir a Berta.

-¿Tiene madre? ¿Tiene hermanos? ¿Ya conoce usted a todos en la casa?

-No; viven casi solos: ella, su padre y una sirvienta, a más de un viejo obrero.

-¿Le gusta el nombre de Berta?

-Sí, porque suena como el suyo, Marta.

-¡El mío se parece más al de Thamar! Yo preferiría llamarme Thamar. ¿Por qué no me presenta un día a su hermana? Dicen que es muy hermosa ¿Verdad?

-No divaguemos -interrumpió él con ligera impaciencia-. Fijemos hora.

-¡Las ocho de la noche!-"espondió la hija de Blumen.

-¡Bien! A esa hora Julius Ram tiene toda la cuerda. El olor de sus hornillos lo excita, y lo dispone a las confidencias. Su padre escuchará con gusto los detalles de la fabricación del oro. Para usted será cosa aburrida, Marta.

Volvieron a la ciudad y fueron a casa de él, a beber un re· fresco. Ella sentía una felicidad desconocida. El permanecía tranquilo y sonriente.

-¿Por qué no me trata de tú como al principio de la connversación?

-Porque no debe ser. Comencé mal, lo confieso, y usted hizo bien en no imitarme. ¿No le han contado que anoche abofeteé a un amigo?

-¡No! ¿Quién podría contarme?

-¡SUS espías! ¿No me hace espiar usted a mí como lo hago espiar yo?

-¡Cuántos embustes le habrán vendido sus espías, Marta? ¿Por qué me hacía espiar?

-Tiene razón, Mauricio, debo tratarte de tú... ¿Sabes por qué abofeteé a mi amigo? Quiso besarme la mano.

-¿La mano, como a una reina? ¡Fuiste demasiado cruel!

¿Y si yo hiciera lo mismo?

Estaba él sentado en un escaño de su jardín, a la sombra de la glorieta perfumada, y ella de pie, en su traje matinal, calzada con ligeras sandalias, extendió los brazos de admirable escultura, que él alejó suavemente con una

sonrisa en que había algo de amor y algo de ironía. La boca muda se mostró decepcionada. Y después le arrojó este insulto:

-Tú no serás nunca "el que ha de venir en su propio nombre. "

El replicó sonriendo, bajo el desafío mortal de sus ojos: -"Aparta de mí tus ojos, porque ellos me vencieron... " (Cant. 6, 5.)

-¿No quieres, pues, que te mire?

-¡Sí! Repetía un versículo de! Cantar de los Cantares...

-¡Es verdad! ¡Cuántas veces me has leído ese libro! ¡Las tiendas de Cedar! ¡Los labios de púrpura! Fueron tus prime ros elegido… ¿te has olvidado?

Mauricio inspirado por la belleza oriental de aquella figura, que parecía el símbolo de su raza, evocó otras imágenes del eterno cántico:

-"¡Cuán hemosos son tus pies en tus sandalias, oh, hija de príncipe! La curva de tu cintura, como joya de mane maestra…" (Cant. 7, 1.)

-¿Tú me enseñaste a leer en tus libros y después te olvidaste de mi ¿Estás seguro de que yo soy judía? ¿Por qué entonces tengo celos, si las judías no saben celar?

Mauricio la contempló en silencio, admirado del resplandor de aquellos ojos felino.s, que lo habían traicionado. Ella exclamó con ligera burla:

-Tu cabeza es más firme que la mía... El sol me ha emborrachado como a las abejas de tu jardín... Cualquier otro moriría de amor. Y tú te contentas con desgranar la Thora ante mí.

-El Cantar de los Cantares no está en la Thora -replicó él, con aquella fría sonrisa que lo mostraba superior e inacceesible a .sus arranques-. Siéntate y escúchame... ¿Debe anunciar o no tu visita para esta noche a casa de Ram?

Marta cayó de las nubes.

El oro, el Kahal, los negocios de los Rheingld, los destinos de la Sinagoga, palabras sin sentido, para un corazón apasionado.

Una lágrima se desprendió de sus ojos, y él la enjugó suavemente con la yema del dedo.

-¡Lágrima de orgullo o de amor? -interrogó con dulzura.

-¡De orgullo! -respondió ella duramente.

Se ahuecó los cabellos sobre las orejas y suspiró aliviada.

-¡Ya pasó!

-¿Qué es lo que pasó?

-¡La racha!

-Ailgún día volverá

-¡No, nunca más! Si ahora pretendieras besarme la punta de un dedo, te pegaría también a: ti… Y es una suerte.

Necesito aprender algunas cosas. ¿Quieres ser mi maestro?

Se quitó el sombrerito que le marcaba una lista en la frente sudorosa; acercó una silla de paja, y como una discípula propúsole esta cuestión:

-¿Qué va a. producir en el mundo el invento de Julius Ram?

Mauricio la escuchó con sorpresa ligeramente zumbona.

-¡Y tú dudabas de tu sangre judía! Tú, que desciendes en un segudo del Cantar de los Cantares a los crudos negocios del Kahal.

-¿Qué tiene que ver el Kahal con mi pregunta?

-¡Oh, sí tiene que ver! Todo lo que afecta los privilegios del oro, afecta al Kahal y especialmente a los amigos de tu padre, los Rheingold.

-¿Tus enemigos?

-Los enemigos de los Meyerbeer. Ellos poseen o controlan el 90 por ciento del oro del mundo.

Se calló con recelo y dijo:

-¿Qué te importan estas cosas? Además ya las sabes.

-Algo sé, pero ahora que estás fuera del Kahal me contarás algunos secretos que ignoro.

-¡Ay de mí, si lo hiciera! ¡Pero no, qué he de temer al Kahal! Ellos deben temerme a mí, que soy de su raza y conozco sus intrigas.

Hizo una larga pausa. La hija de Blumen lo miraba con remordimiento: la furia de Mauricio contra el Kahal era úbra suya.

-¡Qué insensatos han sido los goyim (cristianos) poniendo en manos de los Rheingold un poder inmensamente mayor que el de los peores tiranos que haya habido en la historia!

-¿Qué poder es ése?

-Sabe, pues, que todas las mañanas, a eso de las diez, en una casa de cierta calleja de Londres, Swan Lane, a poca dis tancia del Banco de Inglaterra, se reúnen cinco amigotes, presididos por uno de los Rheingold, y en quince minutos dictan una ley, que antes de mediodía se cumple en el mundo entero.

-¿Cada mañana una ley?

-Una ley ante la cual humillan la cabeza todas las naciones.

-¿Y qué ordena esa ley?

-Fija el precio de todo lo que se compra r se vende, mero caderías y trabajo; y manda que este obrero gane la mitad de lo que ganaba ayer; y que el trigo de este agricultor no valga io que le cuesta producirlo; y que esta fábrica se cierre, y que esta nación vaya a la bancarrota; y que este banquero se pegue un tiro. ¿Qué monstruo de la historia tuvo el poder que ahora tienen los Rheingold?

Marta respondió secamente:

-No creo que exista un poder semejante. Ya sé que, en nuestro país, por ejemplo, dos o tres señores dictan a un secretario el valor de toda la cosecha argentina. Una firma fuerte, con jugadas de Bolsa, puede hacer subir o bajar el precio de un producto: trigo, maíz, lana. Pero no hay poder humano capaz de alterar el valor de todas las mercaderías a la vez.

-Sí, los Rheingold lo pueden, gracias a la estupidez de los cristianos. Cada

mañana en sus oficinas, en esa calleja de Londres, se reúnen y decretan lo que valdrá ese día la onza de oro fino. Antes dijeron: 70 chelines. Ahora dicen: 140 chelines. Al duplicar el valor del oro desvalorizan todas las mercaderías a la vez.

-¿Por qué dices que esto sucede gracias a la estupidez de los goyim?

-Porque ellos han consentido que el oro, que está en manos de sus seculares enemigos, sea la base de sus monedas, que son la sangre de su comercio.

-¡Eso no lo han consentido los goyim! -replicó Marta vi· vamente-. Eso es una realidad: no puede existir moneda sana, sin garantía de oro, única materia que tiene un vaior intrínseco invariable y universal.

-¡Pérfida y falsa doctrina de los Rheingold! -exclamé Mauricio-. Cuando se difunda el invento de J ulius Ram, desaparecerá el oro, pero no los billetes. Estos quedarán sin más garantía que la de los gobiernos, los que atestiguarán con su firma, no que este billete equivale a tantos gramos de oro, sino que de esa emisión no se han impreso más de tantos millones.

-Yeso, ¿qué importancia tiene?

-Eso vale más que el cien por ciento de oro. Cuando la masa de billetes que circula en un país está en proporción de sus necesidades comerciales, esos billetes conservan intacto su valor habitual, aunque no tengan ni un gramo de oro como garantía.

-Primera vez que escucho esta doctrina.

-¡No me extraña! Es una herejía para las gentes del Kahal. Pero es una rea'lidad que el mundo acabará por como prender. El que afirma que el oro tiene un valor invariable o ignora la verdad o mlente. Es la única mercancía cuyo valor está exclusivamente en la voluntad de los hombres. Y estos hotnibres son cinco que se reúnt~n diariamente en cierta calleja de Londres, y lo hacen variar todos los días.

-Estás hablando como un goy.

-En todo caso, estoy diciendo una verdad fuerte e ignorada. El invento de Julius Ram va destruir el inicuo poder de los Rheingold. Pero Israel no debe sucumbir, aunque ellos caigan.

Marta .se levantó.

-No te muevas, Mauricio.

-¿Qué vas a hacer?

-No tengo espejo… ¿Por qué no hay un espejo en tu glorieta? Voy a ponerme el sombrero mirándome en tus ojos. En los ojos oscuros de Mauricio, la pequeñísima imagen de, Marta Blumen, con los brazos en alto, aparecía tan llena de gracia y de fuerza, que ella se sintió ofendida por la irritante serenidad de él. Y lo amenazó:

-¡Imbécil! Yo, que enloquecería al Amicristo, a ti note gusto!

Mauricio, levantándose, aprisionó sus dos muñecas. -Tienes los brazos valientes y hermosos de Judith; y la cara inocente de Rebeca en el famoso

cuadro. Pero tu mirada es traidora como la de Jahel, y tu corazón inseguro como el de Salomé. Un día serías capaz de entregarle mi cabeza al rey.

Marta palideció, temiendo que aludiese a sus maniobras en el Kahal.

-¿Quién es el rey? ¿Acaso los judíos tienen un rey? Mauricio, que se complacía en el juego con que la deso· ticntaba, repuso melancólicamente:

-Te siento mitad judía y mitad cristiana. ¿Cuándo es taré seguro de ti, si nunca sé si me amas como judía o como cristiana?

-¡De todos modos! -respondió e a, empinándose sobre la punta de sus sandalias y besándolo-. ¿Tus judías serían capaces de hacer esto?

-Tampoco mis cristianas -replicó sonriendo Mauricio-. Sólo tú, valiente' como Judith; resuelta como Jahel

-Insegura como Salomé -agregó ella.

-Tú ¡lo has dicho! -exclamó él.

IV

La maravillosa invención de Julius Ram

Los diarios porteños que respondían al Kahal, denunciaban indignados, con grandes letras, un discurso de Mussolini, que prevenía a su pueblo sobre el peligro de la guerra inminente.

En su despacho del 25° piso, leía Zacarías Blumen aque· llas noticias guisadas por sus agentes: "Italia moviliza" "Hitler amenaza la independencia austríaca." Italia y Alemania contra la paz", y no podía contener sus nervios.

-Si la guerra no estalla antes que se difunda el descubri· miento de Julius Ram, no estallará nunca más. El nervio de la guerra es el oro... ¿Por qué no se mueve Elías Silberstein?

Esa mañana había telegrafiado a Nueva York: "Inforrmaciones precisas, anuncian que el profesor Julius Ram ha descubierto la transmutación de los metales. Hay banqueros que se preparan a explotar el invento en gran escala. Seria la destrucción de los Rheingold y 200 años de paz."

Dos horas después recibió esta contestación: "Nuestros técnicos afirman que el nuevo invento no puede ser sino una nueva impostura. Kahal y Rheingold tranquilos. Excelente! perspectivas negocios asiáticos. Japón denunciará tratado de Wáshington que le impide aumentar su escuadra. La guerra está en el aire. Bendito sea el Eterno."

-¡Una nueva impostura! -exclamó Zacarías Blumen arruugando el telegrama-. ¡Ahora vamos a ver si se trata de eso!

Iban a ser las diez de la noche y esperaba a su hija para ir al laboratorio del alquimista. Se acordaba de que los mayores descubrimientos habían sido acogidos con desprecio por aquellos a quienes afectaban más de cerca.

La pólvora, la imprenta, el nuevo mundo, los buques a va· por, provocaron el desdén de los príncipes, que después lloraron su descreimiento.

¡Kahal y Rheingold tranquilos! ¡La guerra en el aire! Pero si la "nueva impostura" resultaba una verdad.

-¡Ya es hora! -dijo Marta, apareciendo sin ruido en el hueco de la puerta. Su padre la besó en la frente, y le enntregó el telegrama de Silberstein, que ella desarrugó para leer.

-¡Yo creo en la impostura! -afirmó luego plegando d papel-o Toma, guárdalo, porque algún día nos servirá para acusar a Silberstein de no haber creído... ¡Vamos allá!

La noche era fresca. El banquero se puso un largo sobretodo, que le le daba aspecto de rabino. Su hija llevaba un ta· pado de castor, ceñido a la cintura por un broche de acero, que la hacía parecer más alta y delgada. Flotante corbata de fina lana granate, y boina del mismo color, caída sobre la oreeja derecha.

Blumen la contempló con interés.

-¿A quién le he oído decir que Mauricio Kohen festeja a la hija de ese hombre?

-A mí no -respondió Marta.

-Estás muy elegante -añadió Blumen por disipar el mal humor que advirtió en ella.

En diez minutos un taxi los condujo hasta el parque Lezama, donde bajaron, para acercarse a pie a la casa de Julis Ram. Ni una casa abierta en toda la cuadra. El barrio entero dormía a la sombra de los árboles.

No bien Marta apretó el botón de la campanilla, y la puerta se abrió. Una mujer pálida y canosa, que los estaba esperando, los invitó a pasar. Una bombita eléctrica alumbraba el largo zaguán. Cuatro puertas que daban a él, dos de un lado y dos del otro, permanecieron cerradas.

Cruzaron el primer patio y penetraron en una espaciosa habitación, que debía ser la biblioteca de Julius Ram, porque dos de sus muros estaban cubiertos de anaqueles cargados de libros en desorden. Sobre otros dos había algunos grabados antiguos, en su mayoría retratos con nombres al pie.

Zacarías comenzó a explicarse para justificar su visita; pero la mujer desapareció sin atenderle. Marta y Zacarías se miraron.

-¿Nos van a dejar solos? Creía que él mismo saldría a recibimos...

-¡Buenas noches, señores! -dijo una voz juvenil-o Dis culpen a mi sirvienta: es un poco sorda... Mi padre vendrá en seguida...

Los ojos de Marta brillaron como un puñal.

-¿Usted es Berta Ram? -le dijo tendiéndole la mano con superioridad fácil y graciosa-. ¿Se acuerda de que un día nos vimos…

-Sí, en el Colegio Militar -respondió la otra sin dat importancia al hecho- Después ya lo he visto en muchas partes, señorita Blumen.

-y aunque yo no la haya visto -respondió Marta-, he oído hablar de usted a un amigo suyo y mío…

-¿Quién es?

-El que ha anunciado nuestra visita.

-¡Ah! es claro!... Aquí está mi padre.

El sabio llegó con su blusón de obrero, y para no dar la mano, mostró sus dedos con manchas de ácidos.

-¿Quiénes son estos señores? -preguntó Zacarías Blumen, mostrando los cuadros del muro.

Si hubiera cavilado cien años sobre la mejor manera de iniciar una conversación grata al alquimista, no habría hallado otra mejor.

Julius Ram era cauteloso y mezquino para hablar de sus propios trabajos, pero no se cansaba de relatar los de aquellos hombres que habían hecho de la alquimia una fe, y sa· ctificádole su tiempo, su fortuna y muchos su vida.

-Vestimenta de fraile; ojos de mí.stico -dijo Marta con· templando una de las figuras. Su letrero decía: Nicolás Hane!.

-Es el más famoso de los alquimistas franceses -explicó Julius Ram-. Nacido hacia 1330, se casó con una viuda, y vivió de lo que ganaba como pendolista, escribiendo cartas y documentos para gente que no sabía escribir. Hasta que un día, en 1357, Abraham el Judío, sacerdote, levita y astrólogo, le vendió por dos florines un libro, que en otras manos habría sido fatal a los judíos

Marta tocó en el brazo a Zacarías, el cual preguntó:

-¿Qué contenía ese libro?

-El secreto de la fabricación de una .substancia llamada "polvo de proyección", un granito del cual, arrojado sobre un metal impuro fundido, plomo, por ejemplo, produce su maduración hasta convertirlo en metal perfecto, plata u oro...

-¡Precioso libro! -exclamó con ironía Blumen.- ¡Lástima que se haya perdido!

Ram le echó una desdeñosa mirada.

-¿.Quién dice que se ha perdido? La cuestión no es poseer el libro; sino saber leerlo. Nicolás Flanel tardó veinticinco años en comprenderlo, y aplicar sus recetas. Sólo en 1382 logró transformar en plata media libra de mercurio; y poco después, empleando cierta piedra roja, hizo la transmu· tación del plomo en oro.

Blumen meneó la cabeza.

-¿En los tiempos modernos -dijo- se emplea también el polvo de proyección?

-¡En todos los tiempos! -respondió Ram con energía.

-¿Usted mismo… lo emplea?

-Sí.

-¿Podríamos?...

El profesor volvió las espaldas y señalando otro cuadro, expuso:

-Este, es el emperador Rodolfo II de Alemania, alquimista, que al morir en 1612 dejó en el laboratorio de Su palacio en Praga 80 quintales de oro y 60 de plata, y una bolsita de polvo gris, suficiente para transmutar una montaña, pero que sus criados robaron y no supieron emplear.

Berta deslizó en los oídos de la hija de Blumen estas palabras:

-Deje que les hable de sus antepasados los alquimistas; eso lo dispondrá bien para luego.

Marta halló manera de transmitir a su padre, aquella prevención. Zacarías se dispuso a hacerle el juego, y le preguntó: -¿Y este fraile dominico?

Julius Ram, con las manos en la espalda, alzando arrogan temente la cabeza, respondió así:

-Este, es el prodigioso Alberto Magno, el sabio entre los sabios, que formuló las seis reglas de los alquimistas. ¿Usted creía, señor Blumen, que los que se dedican a este arte no están sujetos más que a su codicia o su capricho?

-¡No! -exclamó Blumen-. Estoy seguro de que la vida de un alquimista es de mucho empeño y sacrificio.

-Sí, señor. Oigan ustedes los seis principios de Alberto Magno, maestro de filósofos, maestro de santos y gran adepto: lo. El alquimista será discreto y silencioso. 2°. Habitará lejos de los hombres. 3°. Elegirá el tiempo de sus operaciones. 4°. Será paciente, asiduo, perseverante. 5° Será bastan· te rico para costear sus propios experimentos. 6°. Evitará re· laciones con los príncipes.

-¡Hombre! -exclamó el banquero-. ¿Por qué ese mie· do a los príncipes?

Porque los monarcas, no bien sabían que un alquimista había logrado fabricar oro, se apoderaban de él; trataban de sobornarlo con presentes o lo torturaban, para arrancarle su secreto. Pero el secreto es la primera obligación del verda· dero adepto de la ciencia hermética.

Blumen hizo una mueca decepcionada. Ram prosiguió:

-Un verdadero adepto o alquimista, prefiere morir, antes de revelar, a los no iniciados, las maravillas que conoce. Y esa fué la triste historia del hombre que ustedes ven en esta otra lámina. Alejandro Sheton, escocés del siglo XVII. Viaja por todas partes. Lo hallamos en Holanda, pagando la hospitaliidad que le brindan con pedazos de plomo, que en presencia de sus huéspedes convierte en lingotes de oro. Lo vemos en Suiza y en Alemania. Los sabios de todas las ciudades por donde pasa, acuden a presenciar sus experimentos, y los aescribe con una precisión que no deja lugar a dudas. El doctor Dienheim, midico, que lo encontró en Zurich, ha escrito un libro.

-Aquí está! -dijo 'Berta, que conocía la biblioteca de su padre, y le presentó un viejo tomo en pergamino, que el proofesor abrió donde había dejado una señal: De Minerali Medicina.

-Escuchen en mi mal castellano lo que dice el doctor Dien heim en no mejor latín: "FuÍmos con Sheton yel doctor Zwinger a casa de un minero, llevando varias placas de plomo y un crisol, y azufre que compramos por el camino. Sheton no tocó nada. Mandó hacer fuego, y poner el pldmio y el azufre en el crisol. Al cabo de un, cuarto de hora nos dijo: Echad en el plomo fundido lo que contiene este papel. Era un polvillo apenas perceptible, color limon. ¡Cuidado que no caiga en el fuego! Otro cuarto de hora, agitando el metal fundido, con una cuchara de barro cocido. Entonces crisol del fuego y enfriado en el agua. ¡No quedaba el más innsignifcante vestigio de plomo! Oro del más puro, que sobrepasaba aún el mejor de Hungría. Quedamos estupefactos. Sheton dió un pedazo a Zwinger y otro a mí, y yo lo guardo como un recuerdo. Pesa cuatro ducados."

-¡Bien fácil parece la operación! -observó Marta-. ¿Naada más que media hora de fusión?

Julius Ram explicó:

-La operación larga y difícil no siempre es- la trasmutación del metal, mediante el polvo de proyección, sino la preparación de este polvo, o sea de la piedra filosofal.

-¿Cuál fué, pues, la triste aventura de Sheton?

-De Zurich va a Basilea, de allí a Estrasburgo, a Francfort, a Colonia. En todas partes realiza sus experimentos, y jamás conserva ni una partícula del oro que fabrica. Lo reegala y a veces regala también pequeñas cantidadeo de su polvo de proyección, con el que otros imitan sus experiencias. Así llega a la Corte de Christian II, joven y cruel soberano de Sajonia. Sheton le ofrece un poco de su piedra filosofal, pero Chirstian quiere, más que la piedra ya preparada, el secreto para preparada. Sheton rehusa revelado, y el príncipe lo somete a las torturas más ingeniosas, que lo conserven vivo en medio de crueles dolores. Otro alquimista, Sendivogius, logra hacedo escapar y lo lleva a Cracovia. Allí intenta obtener por gratitud la revelación que los tormentos no han logrado; pero Sheton, quebrantado por los sufrimientos, se niega y muere, llevándose a la tumba su secreto...

-¡Extraño carácter! ¡Incomprensible silencio! -dijo Zacarias Blumen-. No entiendo cómo un hombre, que puede crear tantas riquezas para sí y para los otros, viva en la miseria y sufra el martirio por no hablar.

Julius Ram explicó sarcásticamente:

-¡Ya me imagino que un financista no comprenda a un filósofal Porque ignora que la piedra filosofal tiene tres proopiedades: La primera es la producción del oro, y ésa, para un verdadero adepto es la menos importante.

-¿Cuáles son las otras dos? -interrogó Marta.

-La piedra filosofal, en el primer estado de pureza, realiza la trasmutación de los metales. Cuando el alquimista logra sublimizarla más, la piedra filisofal cura todás las enfermedades y prolonga la vida por siglos y siglos.

-¿Y puede ser más pura todavía?

-¡Sí! Puede llegar a la pureza exaltada y ser lo que llamamos spiritus mundi alma del mundo. En este grado, la piedra filosofal conduce a los hombres a la penetración de misteerios sobrenaturales, y al comercio con los espíritus. Un adepto ferviente y sincero, cuando se pone en camino del segundo y el tercer estado, desprecia las riquezas del primero, y no hay promesas ni torturas que puedan arrancarle su secreto. ¿Comprende ahora, señor Blunren?

Julius Ram hablaba con desdén al poderoso banquero. Este: en cambio, le escuchaba con la mejor de sus sonrisa.s. Mas ya empezaba a sentirse cargado de filosofía e impaciente por ver los hornos.

-En suma- dijo dulzonamente-, usted fabrica oro por proyección, vale decir, si no he entendido mal, echando sobre el metal en fusión, unos cuantos gramos de piedra filosofal.

El alquimista le volvió la espalda, y señalando otro cua· dro explicó:

-Este, es Van Helmont, uno de los fundadores de la química, que en 1618, en

su laboratorio transfomó ocho onzas de mercurio, gracias a una pulgarada de piedra filosofal que le entregó un desconocido. Agotada su provisión, no pudo efecctuar más trasmutaciones, pero su testimonio escrito en sus libros es irrecusable.

-Papá -interrumpió nuevamente Berta-; estos señores querrían ver tu laboratorio... ¿Puedes mostrárselo?

Julius Ram hizo una mueca.

-Condúcelos tú; yo tengo una lectura que hacer.

Los visitantes, guiados por Berta Ram, cruzaron un antiguo jardín, cuyas plantas habían sucumbido bajo las acres escorias de aquellos hornos que no se apagaban nunca.

Era una vieja construcción, de ladrillos descubiertos y ano chas mamparas de vidrio. Sobre la entrada había un arco en donde con gruesas letras, sobre un fondo de alquitrán, Julius Ram había escrito esta orgullosa regla de 'los investigadoores herméticos: Querer, Osar, Saber, Callar.

Al abrirse la puerta, sintióse vaho de fragua, y mordiente olor a azufre.

-¿Se puede vivir adentro? -preguntó Marta titubeando.

-Yo paso cada día algunas horas aHí -contestó la hija de Ram.

-¿Es usted alquimista?

-Soy lo que se llama un adepto. Creo en las potencias ocultas e ignoradas de la materia. Creo en 1o que dicen las letras que tienen ante sus ojos en esa pared.

Marta leyó esta sentmcia en latín: "Nihil enim est opertum quod nonre revelabitur; et occultum quod non scietur." (Math. 10, 26.)

-¿Qué explicación tiene eso?

-Que nada hay escondido que no se revele; nada secreto que no se sepa...

Zacarías y su hija se hallaron entre complicados alambiques que destilaban substancias misteriosas; hornos de diversos tamaño.s, que rugían caldeados por fuegos infernales; cal. deras hirvientes; tubos inumerables, forrados de amianto, piilas de carbón, paredes de ladrillos refractarios, tanques de petróleo, planchas de diversos metale.s despedazadas con poderosas cizallas; y en un rincón, como cosa de poco valor, una es· puerta llena de polvo rojizo, que parecía sembrada de chispas.

-¿Qué es eso? -preguntó Blumen, atraído por aquel raro fulgor.

-Oro- respondió sencillamente Berta.

El banquero hundió sus dos manos en el sucio polvo y sin· tió aquel estremecimiento de las arterias, aquel calor delicioso en la sangre, aquel·deleite que su raza sentía desde cinco mil .años atrás, al contacto del oro.

-¡Sí, es oro¡ ¡Marta, es oro!

Estaba lívido, pero no podía defenderse de la fruición de revolver aquellas escorias.

-¿Oro fabricado por su padre? -interrogó Marta, cogiendo un puñado y

arrojándolo al suelo.

-.Ha tirado usted, por lo menos, mil pesos de oro -le observó la hija del alquimista sonriendo.

-¡N o creo que eso sea oro! -replicó Marta.

-¿Quiere persuadirse? Espere un instante.

Berta hundió una palita en el polvo de la espuerta, llenó un crisol y llamó.

Del fondo del laboratorio surgió una extravagante figura, que parecía el duende o el genio de aquellos fuegos, un obrero flaco, pálido, de manos calcinadas, de mirar afiebrado y triste.

-Roberto; fúndeme eso... depúralo y traélo...

Roberto, a la manera de un autómata, levantó el crisol, abrió la puerta de un horno y lo hundió con una pala en aquel in· fiemo.

-El oro se funde a los 1.100 grados -dijo Berta mirando su reloj de m'uñeca-. Tenemos que aguardar unos minutos. Nuestros crisoles cumplen en pocos minutos la obra que la naturaleza ha tardado siglos en realizar.

Blumen se había aproxilmado al obrero y le dirigió la palabra, sin obtener respuesta. Marta contemplaba el perfil de su bonita rival, a contraluz del horno.

Ella parecía no advertir la curiosidad de que era objeto, y explicaba tranquilamente:

-La materia es una con muchos aspectos. Hay tres prinncipios generadores de todas las cosas: el azufre, el mercurio, la sal. Pero son algo distinto de lo que así designamos en lenguaje vulgar. El azufre es un fuego sutil, inaccesible; el mercurio es un humor blanco; la sal un ácido. El azufre es también una grasa aglutinante... Todos los metales están formados de azufre y de mercurio en proporción diversa. Por ejemplo el cobre, según Rogelio Bacon, es imperfecto, porque su mercurio es impuro y sin brillo y comlbustible. Su azufre es también imperfecto. El cobre no tiene establlidad, ni pureza, ni peso. La plata es un cuerpo puro y casi perfecto; su mercurio es puro, brillante; su azufre es casi fijo; pero no tiene color ni bastante peso. El oro es un cuerpo perfecto; su mercurio es puro, fijo, brillante, rojo; su azufre fijo e incom· bustible... ¡Aquí lo pueden ver!

Roberto abrió el horno y retiró el crisol, y con la ayuda de una tenaza, vertió el metal, libre de escorias, en una probeta. -¡Oro! -gimió Zacarías acercándose al pequeño recipiente, en el cual temJblaba un grueso coágulo de oro brillante y purísimo.

-¿Quiere llevarlo como recuerdo de su visita? ¡Encantado y muy agradecido!

-Y usted, señorita Blumen, ¿quiere llevar este frasco dl pajuelas?

Y Berta ofreció a la hija del banquero una botella de vicirio llena de unas escamitas doradas.

-¡Cómo pesa!-exclamó Marta, aceptando el obsequio.

-¡Es oro!-respondió Berta indiferente.

-¿Cuánto vale?

-Aquí nada. En una joyería o en la Bolsa, tal vez diez mil pesos.

-¿No más?

-Tal vez más no sé Yo soy como mi padre: sé fabricar oro, pero no sé lo que vale...

-¿Y cómo puedo retribuirle yo, señorita? -interrogó Blumen guardando la pastilla de oro, que el obrero había enfriado para que pudiera llevársela.

-Los amigos de mis amigos -respondió con alguna malicia la joven- no tienen que pensar en eso. ¡Vamos!, si quieren devolverme en otra forma lo que les he dado, mándenme unos diez kilos de plomo y veinte de carbón, lo que nos ha costado eso

Daban las doce de la noche en la torre del Concejo Deliberante, cuando Zacarías y Marta cruzaron la plaza de Mayo, volviendó a su casa.

Ambos callados; pero ella somibría y con despecho, y él trémulo como quien ha visto el desgraciado final de sus empresas.

V

Consternación en el Kahal

Quince años de paz para un mundo financiero que ha saaboreado los suculentos negocios de la guerra mundial (19141918) es demasiado.

A fines de 1933 los fabricantes de armas, los constructores de buques de guerra, los productores de estaño, cobre, antimonio; los acaparadores de materias alim.enticias (municiones de boca) y especialmente los banqueros, que comanditan estos negocíos, andaban desesperados.

Es verdad que la prolongada crisis había, en parte, compennsado las pérdidas de la paz; pues pudieron, por precios viles, adquirir las más valiosas propiedades y los mejores títulos; pero esos bienes quemaban aquellos pálidos dedos semíticos, sólo aficionados a acariciar el oro.

Repugnábales el dirigir una fábrica, administrar una estancia, organizar un ferrocarril, tratar con peones y obreros.

Aparecían entonces en su vergonzante inferioridad de presstamistas. Aindaban, pues, impacientes por liquidar tales empresas y volver a su especialidad.

Mas a fin de que esa liquidación les rindiera una discreta ganancia (el doble o el triple de lo invertido), era necesario valorizar los productos: cereales, carbón, meteles, con lo cual valorizarían las tierras y las minas, que habían acaparado.

Existía, además, otra razón par no prolongar la crisis: se estaban poniendo en discusión las bases de la economía, que hiciera la grandeza de los prestamistas. El mundo, como el enfermo de Dante, quería cambiar de postura.

Ya se oían protestas en las Universidades contra los principios clásicos. Ya algún economista denunciaba la doctina de la moneda, como la verdadera causa de la angustia mundial.

La banca judía se alarmó.

Trastornar las reglas financieras del mundo liberal, consstruído por ella y para ella, era robustecer a los productores e independizar a los gobiernos.

Decididamente, quince años de paz eran demasiado. Una buena guerra 1evantaría los precios, sofocaría la voz subversiva de aquellos profesores y pel1mitiría que el Kahal siguiera conduciendo al mundo por las vías del Anticristo.

¡Pero una buena guerra!

La de Bolivia y Paraguay, había fracasado. Las chispas que arrojaba por arriba de las fronteras, no lograban incendiar ningún país vecino. Tenían que forzar la máquina.

Por fortuna el nuevo año se presentó magníficamente. Precios inicuos; pueblos hambrientos; treinta millones de dessocupados; naciones envenenadas

hasta la raíz por el ateísmo; odio y miedo; alianzas militares; asesinatos de reyes y esta· distas...

Una tea bien manejada, un poco de petróleo aquí y allá y Europa y Asia y hn'érica ardían como una pira.

¡Ay!; todavía la tittra sentía el asco de la sangre, y los gobiernos titubeaban ante la nueva carnicería.

El Kahal tenía que forzar la máquina. Decir a Francia:

"Alemania se está armando"; a Estados Unidos: "Japón se está armando"; a Italia: "Yugoeslavia se está armando"; para que hicieran lo mismo y se activara la carrera de ar.mamentos y se iniciaran los grandes negocios.

Si vis pacem, para bellum. Si quieres la paz, prepara la guerra, aconsejaban los antiguos. Eso era verdad en los tiempos en que el mundo hablaba latín. Ahora habla inglés y franncés y alemán y ruso y japonés; y la algarabía de los estadistas y las intrigas de los vendedores de pólvora, no afianzan la paz, sino que precipitan la guerra.

Y mejor cuando hay mil diarios sobornados para esparcir noticias y atizar focos de incendio en los más apartados sitios del globo, ya en el Saar, ya en Viena, ya en Manchuria, ya en Etiopía.

La guerra estaba en el aire; un ministro borracho, con la menor indiscreción, podía desencadenada, como un niño jugando con una pistola, puede hacer sailtar la santa: bárbara de un buque.

Los financistas se aprestaban a devorar al mundo a grandes bocados.

De pronto se atravesó en el camino uno de esos héroes civiles que saben afrontar la impopularidad y la ruina, y em· barcó al Senado de los Estados Unidos en una sensacional pesqmsa:

¿Quiénes son los que realizan el infame negocio de enemistar a una nación con otra, para venderles armas a las dos? ¿Quiénes son los que ya están acuñando la sangre de los Súldados que morirán sin saber por qué?

Descubrióse que los fabricantes de armas y de municiones, entaban la mano a personajes de todos los países, a fin de que suscitaran la fiebre armamentista.

Y se pronunció el nombre de algunas grandes empresas, entre ellas la Zabulón Steel And Co

Este nombre judío obró como talismán. La ruidosa invesstigación fué amortiguándose. Las agencias telegráficas no transmitieron más noticias; los diarios se callaron y se echó tierra al asunto como a un muerto.

Más, por algún tiempo, se desacreditó la voz de los Comisionistas y se afianzó la paz intolerable.

Había que cambiar de cartas, pero seguir jugando.

De tiempo atrás existía entre el Japón, Inglaterra y los Estados Unidos, un tratado que les impedía construír buques más allá de cierta proporción. Inglaterra, y Estados Unidos untratado que les impedía construir buques más alla de cierta

proporción. Inglaterra, 5; Estados Unidos, 5 Japón, 3.

Situación hulmillante para un gran pueblo; que tiene sus intereses en el mar. Japón reclamó el derecho de armarse hasta cinco. Se lo negaron, invocando el pacto de Wáshington.

Se entabló entre América, Europa y Asia una áspera polémica.

Conferencias, notas, convenciones, telegramas; discursos, intrigas.

Los diarios, obedientes al Kahal, calentaban al rojo las calderas. O marcha el buque, o estalla. La guerra o la revolución.

En Julio, el canciller de Austria, Dollfuss, cayó asesinado. La sensación de la guerra fué tal, que en agosto, al final de las maniobras del ejército italiano, Mussolini pronunció un gran discurso anunciándola como inminente.

Los Estados Unidos transportaron 2.000 millones de dólares en oro que tenían en los bancos ¿el Pacífico, al interior del país, por temor a un ataque japonés.

En septiembre, al cumplirse tres años de la invasión de la Manchuria por el Japón, ciem mil soldados rusos aparecieron: a lo largo de la frontera siberiana, en previsión de otro con· flicto.

En octubre asesinaron al rey de Yugoeslavia y al ministro Barthou, y la guerra estuvo a punto de estallar entre Yugoes·lavia y Hungría. Pero Italia apoyó a ésta, y el nublado pasó.

En noviembre un estadista inglés llenó el país con el anuncio de que Alemania se armaba secretamente, y que si se dermoraban en impedírselo, cuando quisieran hacerlo sería ya tarde.

En diciembre la atención del mundo saltó al Africa. Estalló un conflicto entre Italia y la Etiopía. El emperador abisinio acusó de provocación a Mussolini, ante la Sociedad de las Naciones.

Pero el Duce arrojó el sable romano sobre aquella mesa cargada de papeles y los conversadores de Ginebra enmudecieron.

Pocos días después el Japón denunció el tratado de Wáshington, y declaró que construiría todos los acornados que necesitara.

Los Estados Unidos se conmovieron.

El Gran Kahal se regocijó: Asia contra el mundo; era Buda contra Cristo.

- Ese mismo día el precio del antimonio subió en Londres siete libras esterlinas por tonelada.

Hábil maniobra de los banqueros.

En vez de la palabra desacreditada de 1os comisionistas de armamentos, hablaba la Bolsa.

Es sabido que todos los gobiernos vigilan los preparativos militares de las otras naciones.

Sus expertos no se limitan a leer las estadísticas, muchas veces adulteradas.

Hay indicios más elocuentes: y tales son el precio de cierrtas materias primas

indispensables para la fabricación de municiones.

Un alza brusca del algodón, del wolfrang, del plomo: los preocupa más que un discurso de Mr. Chamberlain o de M. Tardieu.

Ese día, pues, corrió por el vasto mundo aquella pequeña noticia: el altimonio, que valía 37 libras esterlinas la tonelada a principios del año, subió a 74, y de ellas 7 en un día.

Al mismo tiempo desparramábase la interpretación del hcho:

"El Stock Exchange de Londres se muestra sobremanera alarmado.

"El antim'onio, que se emplea para fabricar tipos de imprenta, se usa, aliado -con el plomo, para fabricar granadas.

"Actualmente la fabricación de tipos de im1prenta no ha aumentado. ¿Por qué, pues, el alza del antimonio?

"Los especialistas creen que esto se debe a íngentes compras de alguna nación que está fabricando granadas en gran cantidad."

En una hora la noticia y el hábil commtario, que parecía extraído de los Protocolos de Sión, dieron la vuelta al mundo.

Los franceses pensaron en Alemania; los polacos en Rusia; los norteamericanos en el Japón…

Ese mismo día el Rosch del Gran Kahal de Buenos Aires, convocaba a los cinco magnates de la judería porteña, que gozaban de toda su .confianza, porque estaban sólidamente encadenados a sus negocios secretos.

La reunión no se realizó en la Sinagoga, frente al Hescha! bajo la sagrada lámpara que ilumina la Thora, sino en el 25° piso del Banco Blumen, adonde no penetraban sino los escogidos y donde ningún ojo, ningún oído humano podía sorrprender sus deliberaciones.

Allí sí que podían hablar a calzón quitado, con el cinismo indispensable en tan complicados negocios.

Era el despacho del Rosch una sala espaciosa, con alto zócalo de nogal, sobria de muebles, sin colgaduras ni artefactos.

Grandes vidrieras, sobre tres rumbos, la iluminaban copiosamente. En muriendo la tarde, su techo, liso como el alabastro, irradiaba una claridad sin sombras.

Una mesa oval, cubierta de cuero verde, y suntuosos sillones alrededor. En la pared del sur, única sin aberturas, un juego Chesterfield arrinconado, y una chimenea, magnífica, decorada por el retrato de cuerpo entero del fundador de la dinastía: Zacarías Blumen 1, a la edad de sesenta años.

Su hijo aguardaba a los visitantes que iban llegando, los saludaba con un recio apretón de maos y les indicaba un sitio junto a la mesa.

Antes que ninguno apareció Moisés Halevy, francés, antiguo joyero, y dueño de todos los sitios alegres de Buenos Aires. Vestía con rebuscamiento: jaquet gris del color de sus tupidos cabellos bien peinados, y un grandioso plastrón

adornado por una Perla maravillosa.

Negra venda le cubría la mitad de la cara, disimulando una fístula supurante, reliquia de cierto balazo que su amigo y socio, León Coca, le descerrajó en uno de aquellos lugares de esparcimiento. El balazo no se curó nunca bien, pero ya hacía tiempo, que Coca se había olvidado de respirar.

-Mis felicitaciones, don Zacarías -exclamó cortésmente. Asociado en muchos negocios a Blumen, era, sin embargo, de los pocos en la sinagoga que no lo tuteaban.

Aunque muy rico, siempre necesitaba de Blumen, que lo había embarcado en el negocio alegre, y.ahora quería comprar por su intermedio doscientas farmacias en Buenos Aires, para instaladas a la moderna, como en Nueva York. Las farrmacias podrían hacer buenos negocios de acuerdo con los cabarets...

-¿Por qué felicitaciones? -preguntó Zacarías, cejijunto y triste.

-Homlbre! ¿No ha leído en los diarios de hoy el disscurso de Hitler?

-Me lo leyó mi hija. Ella le atribuye mucha importancia. Yo no.

-¿Le parece que Francia puede tolerar tanta insolencia? ¡Es la guerra, créame! ¡Lo que van a valer sus minas de estaño en Bolivia, si estalla una guerra!

-¡Felicitémonos los dos, entonces, amigo Moisés! ¡Lo que se va a divertir Buenos Aires con el dinero que nos entrará, y lo que valdrán las botellas de Champagne en sus boites!

Zacarías dijo esto con tono sarcástico y añadió:

-Cuando usted me haya escuchado, no creerá más en esa famosa guerra, que todos los días anuncian nuestros diarios y no estalla nunca.

Entró un hombrán obeso y resoplante, de cara jovia1:

Aarón Gutgold, holandés de Amsterdam, pero más bien judío alemán, por su ascendencia. El rey de la cerveza argentina y el más valiente de sus consumidores.

-¡Istoy contento, Zacaritas! Déjame qui ti apraza: la Aguencia Hafas mi telegráfia qui in Londra la onza de oro ha supido siede beniques. Mi barece qui ti ganas unos cinco miliones di besos. Noticia, vale un paril cerveza. Ti infito a peper tos, a la terdecita in "Munchener Hoff"...

Zacarías no respondió ni media palabra, por atender a otro recién llegado, que también lo acosó a felicitaciones:

-¿No te lo dije, Zacarias? ¡Musóolini es nuestro hombre!

Ha declarado que la paz es muy hermosa, pero que la gueerra es mejor. Aintes de un mes le habrá pegado fuego a Europa. ¡Lo que van a valorizarse tus vacas, hermano mío, y tu dinero fresco y al alcance de la mano!

-Tú no piensas ni en mis vacas, ni en mi dinero -replicó Blumen, desdeñoso- sino en el millón de toneladas de trigo y los dos millones de maíz que tienes acaparados. ¿Cuánto más valdrían si estallase la guerra? ¡Pero no estallará!

-¡Si estuviera en tus manos no estallaría! Afortunadamente hay otros

hombres que tú, al frente de los pueblos y de los Kahales.

Zacarías le volvió la espalda. Aquel era León Zytinsky: nacido en Cracovia, pero llegado al país de dos años apenas. Ahora tenía cincuenta. Labio grueso y húmedo, de buen vividor, cara de zorro, ojos verdes, y una barbita rubia, que le servía para entretener las manos en los momentos de perplejidad.

Había sacado carta de ciudadanía y más de una vez pensó meterse en política, con la secreta esperanza de alcanzar altos destinos en un país de leyes tan liberales.

Por de pronto, era más poderoso que la lluvia y que el sol. El bienestar de los agricultores no dependía tanto de los fenomenos meteorológicos como del funcionamiento de su hígado. Si amanecía de mal humor y pesimista, los precios de las cosechas caían vertiginosamente. Si el vino de la ceena le había sentado bien, los precios repuntaban.

¡Claro está! El hombre que manejaba la Bolsa de cereales y el clima también manejaba su hígado. Y así ocurrió que un día, en que apareció con la cara verde y mirándose la lengua blanca en un espejito de bolsillo, los especuladores olfatearon el derrumbe y se apresuraron a vender, especulando con la baja, y perdieron sumas enormes, porque León Zytinsky, ordenó a sus quinientos agentes que compraran, y los granos subieron… después que él hubo llenado sus depósitos.

Agreguemos, para mayor precisión, que cuando los cereales bajaban, a punto de no compensar los gastos del agricultor, podía calcularse que el 90 por ciento de la cosecha se hallaba sin vender en las chacras y en los trojes. Y cuando subían, los agricultores ya no tenían nada, habiéndolo velnndido todo a precios viles, semanas antes, a los aleccionados agentes del hábil León.

El cuarto en llegar fué Lázaro Wolko, checo, rey de las lanas sucias y de los cueros sin curtir.

Y el quinto Y último, aquel polaco extravagante, Jehuda Migdal, que conservaba la barba talmúdica y entraba con el sombrero puesto, haciendo gala de rigorismo ritual.

Por su parte era el rey de las hipotecas argentinas. Tenía hipotecadas a su favor más de quinientas leguas flor en la provincia de Buenos Aires y más de doscientas manzanas en la Capital.

Se jactaba de haber descubierto un medio de ganar el 14 por ciento, prestando al 8 por ciento.

-Todo consiste-explicaba-en hacer un buen contrato, con intereses punitorios. El cliente siempre firma, creyendo que podrá cumpilir. De cinco, tres no cumplen y caen dentro de mis cláusulas penales que los estrujan bien.

La índole de sus negocios le permitía ser desaliñado en su vestimenta y grosero en sus modales. Sus clientes, medio ahorcados aguantaban cualquier estilo. Y era un deleite vengar el hambre y los progroms que sufrió de niño en su

tierra, sobre las humilladas espaldas de los goyim argentinos.

Jehuda Migdal hablaba correctamente todos los idiomas conocidos y había estado a punto de ser electo Rosch, en vez de Blumen, porque en la casa Rheingold era muy estimado.

Zacarías cerró la puerta con llave y ocupó su sillón de la cabecera.

-¡Tienes el ojo drisde, Zacaritas!-exclamó jovialmente el cervecero Gutgold.

Blumen paseó su mirada por aquellos cinco rostros, tres de ellos afeitados a la inglesa como el suyo; pero todos marcados por el indeleble sello del pueblo escogido. Todos, ese día, hasta el rudo y ensombreado Jehuda Migdal, parecían alegres, como si esperasen buenas noticias.

-En suma: ustedes están hoy satisfechos de la vida... Lo siento, porque voy a agualdes la fiesta. Tengo cosas graves que comunicarles.

-¿Qué ocurre?

-¿Qué está sucediendo?

-¿Quí mi cointas?

En las cinco caras tan distintas se pintó la misma angustia.

-Tú, Aarón Gutgold, que me has felicitado por el alza del oro, en Londres, ¿no tienes algunos ahorritos que se te valorizan? ¿No es verdad que posees unos dos millones de libras, en oro? Eso te hace ganar un millón de pesos.

-Sí, ciertamente; bero si mi alegro bar mí una fez, y pepo un paril de cerfeza, me alegro tiez feces bor ti, que dienes tiez feces más, y peperé en tu nombre tiez pariles ..

-Te lo agradezco, pero dice ¿qué nos pasaría a tí y a mí, y a todos ustedes, que también tienen su media de lana oculta, y a les Rehingold y al Kahal, si hoy se descubriese la fabricación artificial del oro, a tal punto que un puñado de oro resultase más barato que un puñado de sal?

Aarón Gutgold palideció, quedó sin castellano, y sólo atiinó a exclamar en idisch, el idioma de su juventud:

-¿Qué istás ticiento, Zacaritas?

-¡Esto tenía que suceder un día u otro! -exclamó Blumen, siguiendo el hilo de sus cavilaciones-Hemos sido de· masiado hábiles y hemos ido demasiado lejos.

-¿Qué quieres decir con ese lenguaje sibilino? gó Jehuda Migdal, impaciente y alarmado.

-Algún día -prosiguió Blumen-, la humanidad se asombrará de que haya habido una época en que ella misma se dejó encerrar en esta prisión israelita del prejuicio del oro. Hallará inconcebible una crisis, como la actual, en que el mundo, conservando y hasta aumentando sus fuerzas prooductoras, ha vivido pereciendo de miseria, por carecer de meedios de pago, a causa de que el oro, del que nuestros sabios han hecho la base de las monedas universales, ha sido retirado de la circulación en grandes masas, por nosotros mismos...

Aarón Gutgold, que sufría de reuma, llevaba siempre una papa en el bolsillo:

le habían dicho que era bueno. Sacó la papa, y la colocó sobre la mesa. Ya sus amigos conocían aquella costumbre. Y exclamó:

-Está pien lo qui dices, Zacaritas; bero no ti combrendemos... ¿Quí quieres decir, hompre santo?

Blumen prosiguió, como habíando consigo mismo.

-Hemos llevado el mundo de crisis en crisis, para aumentar el poder del oro, porque nuestros sabios habían demosstrado que la prosperidad lo disminuye...

-¡Naturalmente! -saltó fastidiado Jehuda Migdal-. Porque en la prosperidad hay crédito, y el ctédito descubre mil formas de moneda: billetes, cheques, pagarés, que reemmplazan al oro .. Pero ¿sabes lo que eso prueba? No que el Kaha'l haya ido demasiado lejos, sino la extrema abyección de los pueblos cristianos.

-¡Tampoco a tí, Jehuda, ti combrendo! -gimió Gutgold. El polaco no se preocupó de él y prosiguió:

-Los cristianos tienen cerebros de bestias. No han sido capaces de inventar una mooeda que los liberte de nosotros. Y han aceptado hasta en sus libros de economía política, que ell metro de todas las mercaderías que ellas producen sea otra mercadería que ellos no tienen, euyo valor fija diariamente nuestra casa en Londres.

-¡Exactatmente! -exclamó Blumen; y Migdal, embalaado y respirando fuego, prosiguió:

-El que tú, Bytinsky, un día hagas bajar el trigo, no obliga a Gutgold a bajar su cerveza, ni a Wolko a bajar sus lanas. Pero cuando Rheingold levanta el precio del oro, de un solo golpe deprime el de todas las mercaderías, que se pagan con oro.

Se encaró con Blumen y le dijo:

-Y tú, Rosch, has dicho una tontería. El cerebro de los goyim no es capaz de inventar un oro artificial. Sólo un israelita puede hacerla, y se guardará bien de ello.

León Zytinlsky comenzó a tirarse la barba suavemente.

Hailevy, por su antiguo oficio, tenía algunas naciones químicas.

-No es nueva -dijo-, la ocurrencia de fabricar oro y hasta hay quien lo ha logrado. Pero un gramo de ese oro artifical cuesta cinco o seis del oro natural, en carbón y drogas y trabajo...

-Y si el oro fabricado costase menas que el plomo, ¿qué sucedería? -preguntó Blumen otra vez.

Todos quedaron pensativos. Zytinsky continuaba tironeándose los pelos. Cuando arrancaba alguno, lo examinaba a contraluz, como si esperase hallarlo de oro.

Gutgold recobró su castellano, y quiso plantear bien la cuestión:

-Ese inventor ¿quiere mantener secreta su invención, para explotarla

camercialmente?

-¡No! Supongamos que sea un sabio a quien no le interesa más que la gloria. Lanzará su fónmula a todos los vientos y antes de tres meses no habrá laboratorio, que no fabrique oro por toneladas.

-Si ese hombre existiera -dijo Jehuda Migdal-, habría que obligado a callar.

-¿De qué manera?

-¿y tú, Rosch, lo preguntas? ¡De cualquier manera!...

Pero...e hombre no existe.

Blumen se aferró a su primera cuestión.

-Yo necesito que me digan lo que sucedería, si hoy se supiera que el oro se puede fabricar por toneladas, al precio del plomo.

Halevy respondió:

-Si el inventor fuese judío.

-No es judío, es cristiano y odia a los judíos.

-Pero hay muchos cristianos que odian a los judíos, y sin embargo los imitan, cuando se trata de negocios. Si ese inventor quiere proceder comercialmente...

-Ya he dicho, cómo procederá; publicará su fónmwa en los diarios, y antes de tres meses los dos millones de libras de Gutgold, equivaldrán a veinte o treinta toneladas de plomo, que valen unos quince mil pesos papel.

-¡Poco a poco! -replicó Halevy-. Si el oro pierde su valor, nuestros billetes, gara1ntidos por el oro de la Caja de Conversión, no valdrá nada; y Gutgold no querrá dar su plomo ni por doscientos millones de ese miserable papel...

Es decir, no habrá perdido, habrá ganado.

Y se echó a reír estrepitosamente.

-Pero es que esos 200 'mlillones no servirán ni pata comoprar un pan, como los billones de marcos alemanes en 1923.

-¿Quieres decir que todo papel garantido por oro, valdrá cero? -preguntó Jehuda Migdal-. Pero el papel argentino, tiene por garantía, además del oro de la Caja de Conversión, la firma del gobierno; y éste hará siempre honor a su firma...

-¡Hum! -exclamó Blumen, que había pensado toda la noche el asunto-.el gobierno hará honor a su firma, pero como en definitiva sólo ha prometido pagar tantos gramos de oro por cada peso papel, nada le costará hacerlo, estando el oro más desvalorizado que la sal.

-Será la desaparición de las monedas actuales -dijo Halevy.

-Sí.

-Habrá que inventar otras monedas, garantidas por cereales, como los warrants, o por tierras y casas, como las cédulas hipotecarias.

-Probablemente.

-Y será el descrédito y la quiebra de los gobiernos.

-¡No! -contradijo Blumen-.Será todo lo contrario; será la liberación de los gobiernos, que con puñados de sal pagarán sus deudas. Será la salvación de

todos los deudores particulares, que en la misma forma pagarán a sus acreedores. Será la quiebra de los prestamistas, y especialmente de la banca judía, y la ruina del Kahal, que habrá perdido su instruimento de dominación.

Reflexionaron en silencio un rato. Lázaro Wolko apuntó una observación:

-El nervio de la guerra es el oro y aniquilado el oro, se volverán imposibles las guerras.

-¡Siempre habrá guerras! -contestó Blumen-. Guerras nacionales, guerras de independencia, guerras religiosas. Se harán con otras armas y con otras monedas. Pero esas monedas no estarán ya en nuestras manos, y los negocios de las guerras no serán nuestros.

-¡Estamos en el reino de la fantasía! -exclamó Gut. gold-. Ni el oro, ni la cerveza dejarán de valer mientras exista el mundo.

-¡Estamos en el reino de la blasfemia!-dijo con furia Jehuda Migdal-. Y tú, Rosch, que hablas de la ruina del Kahal, como si dependiera de la voluntad de los hombres, has blasfemado.

-Explícate, Jehuda, pero no me insultes, porque te haré arrojar con mis criados por el balcón: veinticinco pisos hasta la, calle

Migdal se encasquetó bien el sombrero, miró con desdén la papa, que Gutgold usaba contra el reumatismo, porque él la había usado inútilmente, y se dirigió a Blumen.

-Hemos sido electos para gobernar el mundo, y están a punto de cumplirse las profecías. ¿Y tú nos vienes a anunciar la ruina del Kahal?

-Déjame explicar por qué.

-¡Aguarda, Rosch! Mira lo que pasa a tu alrededor. Ya la mayoría de los puehlos cristianos celebran nuestra fiesta. Hemos sabido infiltrar en las' leyes el descanso del sábado judío, además, del domingo cristiano.

Y no tarderemos en hacer desaparecer el domingo sinuó Lábaro Wolko.

-¡Sí! El triunfo es seguro y está cercano. No tenemos ejércitos, pero dominamos la mayoría de los grandes diarios y de las agencias de publicidad, y gobernamos los nervios de la huimanidad. Asesinad cristianos en México, en España, en Rusia, eso no tiene importancia, no lo transmiten nuestras agencias, ni lo publican nuestros diarios. Atropellad un judío en Alemania o en Polonia y escucharéis la grita del mundo: intolerancia, progrom, antisemitismo. Y el mundo que no ha llorado el martirio de un millón de cristianos en Rusia, rasgará sus vestidos, porque a un profesor israelita le han quitado en Berlín una, cátedra, o porque en Buenos Aires a un rufián judío lo han echado del país.

-Eso es verdad... ¡Somos el pueblo elegido! -exclan.ó Gutgold, acariciando la papa-o Continúa Jehuda; ahora te entiendo.

-Nuestros escritores han descompuesto la sangre del mundo cristiano inyectándole el veneno del liberalismo. Liberalismo en finanzas, que es la doctrina del oro y del olibre cambio; liberalismo en política, el sufragio universal; liberalismo en religión, es decir, enseñanza obligatoria y atea, para que los niños aprendan lo que a nosotros nos conviene...

-¿Has acabado Jehuda?

-¡No! Escucha: a ello les imponemos la libertad, pero sujetamos con el Beth Din, el Kahal y el Herem, a nuestra propia nación. Ellos con sus constituciones, van como buques desmantelados al azar de los vientos y de las corrientes. Nuestro barco es más pequeño; pero la mano del timonel es firme y sabe adónde nos lleva.

-¡Yo soy el timonel! ¡Escúchame!

-El Gran Kahal de New York está a.mil codos arriba del de Buenos Aires-replicó Jehuda-, si tú, Rosch, no crees que las profecías se están cumpliendo, despójate del Taled, no toques más la sagrada Thora, aléjate del Heschal, huye de la Sinagoga y refúgiate en la catedral, donde te bautizó un obispo.

Zacarías aguantó el chubasco: ya tendría ocasión de cobrarle su falta de respeto a aquel energúmeno que lo odiaba porque le había derrotado en la elección.

-No estamos en la Sinagoga, Jehuda Migdal, sino en mi casa. Y no lo olvides, como has olvidado mis palabras del principio. He hablado sobre la hipótesis de la fabricación artificial del oro. Yo también creo que e! Kahal es el rey de la tierra; pero díganme ustedes, ¿en qué se funda su poderío?

-En que es el elegido de Dios.

-¡Déjate de frases! No mezcles el santo nombre de Dios en nuestros negocios. El Kahal domina la tierra, porque nosotros hemos sabido concentrar en nuestras manos la mayor fuerza del mundo moderno: el oro. En dos días podemos retirar o arrojar a la circulación cualquier suma: cien millones, quinientos millones, mil millones de dólares en oro sellado.

-¡Así es! -respondieron los cinco con íntimo orgullo.

-Esta maniobra produciría más ruinas que un terremoto, que destruyera las grandes ciudades.

-También es verdad.

-Pero yo les anuncio que está a punto de romperse en nuestras manos el instrumento que nos da tanta fuerza. Yo, Rosch del Gran Kahal de Buenos Aires, yo el hombre que posee más oro contante en el mundo les afirmo a ustedes la existencia de una invención que destruirá nuestro poderío, coimo una torre edificada en fa arena.

León Zytinsky era el único que no había hablado, y sonreía como si estuviera por contar una historia graciosa.

Zacarías Blumen acabó por increparlo.

-Y tú, que callas, ¿no tienes nada que decir?

-¡Sí, tengo! ¿De dónde sacas esa peregrina ocurrencia de que el oro, nuestro ídolo, dejará de ser el más precioso y codiciable de los bienes de este mundo?

Se atusó la barba, y apoyando las manos en la mesa miró a Blumen. Este preguntó:

-¿Ninguno de ustedes conoce a Julius Ram? ¡Sí! ¡Todos le conocían!

-¿Y ninguno de ustedes sabe cómo se ha salvado de .la quiebra el Banco de Sud América y su presidente Fernando Adalid?

León Zytinsky volvió a tironearse la barba y a sonreír.

-A ver, explícanos lo que tú sabes --dijo con cierta ironía.

-Gracias a ese Ram, que ha descubierto la fabricación artifici.al de oro. Adalid es un capitalista. Se trabaja en su laboratorio día y noche.

Los cinco magnates se miraron las caras.

-¿Por qué sonríes, Zytinsky?

-¿Y tú, Zacarías, has creído esa fábula? ¿Sabes quien primero la echó a rodar, si es que no la inventó? Tu hija, la incomparable Marta. Pero ella, reconoce la impostura, en cambio tú. Blumen lo interrurmpió:

-Mi hija no reconoce que sea una impostura. Esa es la explicación de por qué el Banco de Sud América no ha quebrado. Zytinsky soltó una carcajada.

-Yo sé otra, y es la verdadera.

-¡A ver! -exclamaron los otros cuatro.

-¡Escúchenme! Adalid ha dicho al presidente del Banco de la Nación: La ruina del Banco de Sud América será la ruina de otros, quizá de todos los bancos, y sin duda la ruina del país. Por patriotismo hay que salvarlo de cualquier modo. El presidente: -Dígame usted ¿qué modos hay? Adalid:

-¡Fabriquemos oro! El presidente de nuevo: -¿Cómo es eso? Y Adalid le habrá referido los trabajos de Julius Ram, y tertninado así: No es necesario que fabriquemos oro realmennte; basta que la gente crea que lo fabricamos. El crédito o el descrédito de un banco, no depende del dinero que tiene, sino del que el público cree que tiene. Présteme secretamente dos· cientos millones; mi banco hará frente a ia corrida y daré como explicación que Julius Ram fabrica oro que yo trueco en billetes en la Caja de Conversión. La noticia contagiará al mundo; el oro saldrá de sus escondrijos y volverá a ani· mar e1comercio; pasará la crisis, y la hulmanidad le agradecerá a usted y a mí, la patraña con que lo hemos salvado...

Esto dijo Zytinsky por cuenta de Adalid, pero sus cinco oyentes, acogieron con muecas su historia o su apólogo.

-¡Usted oyó eso o lo ha soñado?

-Lo he deducido de los hechos; había que sostener al banco y al candidato oficial a la futura -presidencia.

Blumen se encabritó.

-¡Falso! No existe candidatura oficial. Si hay aquí alguna patraña, es tu explicación. En cambio, yo les voy a mostrar la prueba de que Ram está fabricando oro en gran escala; y no sólo para Adalid, sino también para la casa

Me. Yerbeer... Anoche lo he visto.

-¿Qué has visto? -preguntaron los cinco, precipitándose a examinar el frasco que volcó sobre la mesa, formando un montón de pa juelas doradas y gránulos amarillos.

-He visto el laboratario donde Julius Ram del plomo y del mercurio, extrae un oro más fino que el de las minas del Transvaal. He visto paletadas de escorias que vallan millones, desparramadas como residuos de coke en las calles de un jardín. Y las he visto fundirse en el crisol y convertirse en lingotes de oro. La hija de Ram ha llenado un frasco de esas escorias, y me, lo ha dado, para recuerdo de mi visita. ¿Qué creen ustedes que sea esto?

Havely hundió sus manos expertas en .aquello que parecía un montón de ladrillo machacado y exclamó demudado:

-¡Oro de veinticruatro quilates! ¡Si tuviera un crisol!

Blumen abrió una puertecita disimulada por el alto zóca!o, y mostró a Halevy un pequeño laboratorio, donde el banquero y su hija habían realizado experimentos de alquimia.

Los seis se agolparon detrás del antiguo traficante de joyas. Hailevy cogió dos gruesos puñados de aquella arena opaca y rojiza y los depositó en un vaso de tierra refractaria, .sobre la que proyectó la llama azul y potente de un pico de gas.

A los pocos minutos los gránulos empezaron a licuarse, y un rato después la arena opaca se había transformado en un coágulo trémulo y brillante, bajo el ígneo chorro del soplete.

Halevy volcó en un molde crisol, y con unas tenazas levantó el lingote formado y lo metió en un cubo de agua fría. -¡Aquí lo tienen!

Uno por uno, los cinco judíos, palparon, examinaron, acariciaron el lingote, que, sin duda alguna, era de oro sin mezcla, amarillo, pálido y brillante.

De igual modo fundieron el resto de, la arena, y formaron seis lingotes y cada uno guardó el suyo.

-Corno recuerdo de la experiencia -dijeron todos. Blumen se encogió de hombros.

-Si van a casa de Ram, podrán llenarse los bolsillos con esta clase de arena, que hallarán tirada por los suelos.

-¿Y cuánto cuesta produciria?-preguntó Halevy.

-Tanto como cuesta el plomo o el cobre que se usa...

-¿Tú lo has visto?

-Sí, yo lo he visto.

- Jehuda Migdal apoyó el mentón sobre el pecho, para ocultar .sus ligrimas de rabia y de dolor.

Recordó el pasaje del Exodo, que describe la apostasía de Aarón, cuando presentó' a los israelitas su nuevo Dios, el becerro de oro: "Israel, he aquí tu Dios."

Treinta y cinco siglos había durado ese culto; y ahora la mano de un alquimista loco iba a derrumbar al ídolo.

-¡Ah! ¡Eso no debía ser! Porque con él caería la Sinagoga y el propio Israel.

-Si las riendas de Kahal porteño estuvieran en mis maanos --exclamó de pronto--, no le daría tiempo a Julius Raro para divulgar su invención. Pero tú, Rosch, eres un inepto.

Blumen se estremeció: no quería que le adivinasen lo que estaba pensando.

-Anteayer telegrafié a Nueva York, anunciando a Elías Silberstein el descubrimiento. Me contestó que era una impostura; que todo marchaba bien y que la guerra entre el Japón y los Estados Unidos estallaría de un momento a otro.

Agrupados todavía en el hueco del laboratorio, ninguno había visto abrirse la puerta que daba a un pasadizo. Enntró Marta, con traje de aviadora, chaqueta de gamuza azul y gorra de cuero. Como alcanzara a oír las palabras de su padre, mostró el diario que traía:

-EIías Silberstein pudo decir ayer que la guerra estaba en el aire. Hoy todo ha calmbiado. Lean estos telegramas. Italia se ha dejado atar las manos por Francia. Mussolini no intervendrá en Europa, con tal que le dejen devorar su tajada en Africa. Francia y Rusia apoyan a los Estados Unidos, y en esas condiciones Inglaterra no apoyará al Japón. El incendio se apaga.

Cual más, cual menos, los cinco amigos de Blumen estaban enamorados de su hija que los despreciaba. La escucharon sumisos y embelesados; y Gutgold dijo a manera de elogio:

-Si a esta muchacha la pusieramos en el crisol, sacaríaamos el mejor lingote... ¡Qué joya has hecho Zacaritas!

Ella le pagó con una sonrisa falsa y atendió la observación de Lázaro Wolko.

-¡Yo tengo confianza en Hitler! Barthou ha muerto; Mussolini nos ha defraudado; Hitler nos compensará. El también querrá su tajada en Africa. La Etiopía es un bocado demasiado grande para uno sollo. Hay que ayudar a Etiopía; irritar a Londres y estimular el apetito de Hitler.

-Tienes razón Lázaro Wolko-dijo Marta poniéndole las manos sobre los hombros-. Me voy en mi avión a Montevideo. ¿Quieres venirte conmigo? Volveremos mañana

-¡Llévame a mí! dijo Aarón Gutgold.

Mi avión no transporta elefantes -contestó Marta... -. ¿Vamos, Lázaro? ¡Ah; me olvidada de lo mejor! Les dejo el diario: lean el artículo de Julius Ram sobre la fabricación del oro.

Y salió seguida de Lázaro Wolko y de las envidiosas miradas de los cuatro. Gutgold habría dado un millón de libras por ser e1 único dueño de aquella muchacha, especialmente ahora que el precioso metal estaba a punto de valer menos que la arena.

HUGO WAST

Se aproximó resoplando a escuchar la lectura que hacía Blumen.

-¡Palabras, palabras, palabras! -exclamó Jehuda Migdal. Con un suspiro de alivio.

-En efecto -añadió Halevy-. No hay ninguna fórmula concreta. No dice nada de cómo se produce d polvo de proyección, con que se maduran los metales innobles.

-¡El hombre es menos zonzo de lo que creíamos!-apuntó Gutgold-. Seguramente querrá explotar su secreto.

Zyrinsky meneó la cabeza y pensó para sus adentros:

-Ese artículo no' es de Julius Ram… Yo conozco su estilo...

Se despidió, pero en la puerta dijo:

-Telegrafía a Elías Silberstein que hemos visto de oro de Julius Ram, y es como si hubiéramos visto los pies de barro de la casa Rheingo1d y los tuyos Blumen...

Detrás de él salieron Aarón Gutgold y Jehuda Migdal. Gutgold dijo al oído de Blumen, estas palabras que Jehuda escuchó:

-No dejes que las fórmulas de Julius Ram anden rodando por las calles.

- Tu consejo es bueno. Pero ¿qué medios tengo yo para hacerlo que me aconsejas? Jehuda replicó:

-El Kahal lo puede todo, cuando está bien dirigido. Se quedaron solos Halevy y Blumen y se comprendieron. Blumen susurró al oído del otro:

-El hombre... que te sirvió en aquella ocasión ¿está… preso?

-¿Que nos sirvió, querrás decir?

-Es lo mismo -replicó el banquero fastidiado-o ¿Está preso?

-¡No! Está libre, como que tú pagaste su fuga.

-¿Quieres encargarle este asunto?

-¿Por qué no se lo encargas tú mismo? Así recordarás mis fácilmente a quién fué hecho el servicio. -Bueno, mándamelo...

-¡Qué esperanza! Nuestro colaborador no hace visitas.

Tendrás que ir a verlo tú en Avellaneda; yo le avisaré para que no te reciba a tiros

VI

Cierto pájaro de cuenta

Una fresca mañana del invierno anterior, a eso de las nueve, el guardián de la puerta lateral de la Cárcel de Encausados, que se distraía escuchando el único rumor de su calle silenciosa y fría, el repique del martillo con que golpean uno por uno los barrotes de las rejas, para cerciorarse de que ninnguno ha sido secretamente limado durante la noche, vió aproximar unos bigotes rojizos y' arrogantes, un amplio sobretodo azul, con resplandores de grasa én las solapas y un sombrero melón, pasado de moda y tirando ya a verde…

-¡Alto! ¿Qué quiere?

Musical tonada provinciana fluyó de entre los hirsutos bigotes:

-¡Cómo se ve que usted es nuevo aquí, mi sargento!

El centinela, soldado raso, .se· enterneció por el inesperado ascenso.

-Sí, efectivamente, es la primera vez que hago esta guardia. -Lo digo porque no conoce al doctor Agesilao Mendieta, abogado defensor de multitud de presos, que están aquí, por funestos errores jurídicos y de otros que se hallan libres, gracias a mi acertada defensa, encuadrada indefectiblemente en los más puros y avanzados principios antropológicos…

-¡Este sí que es doctor! jSe le conoce! ¡Sírvase pasar, doctor!

-Gracias, mi sargento.

Los concurrentes comunes, a quienes sólo en horas reglamentarias se les permite visitar a los presos, entran por la puerta central de 1a calle Caseros, y son sometidos a minuciosos registros e indagaciones, por si llevan armas u objetos prohibidos, que:pudieran: pasar de contrabando.

Pero.los abogados defensore.s tienen libre entrada, a cualquier hora del día por la puerta de la tranquila calle lateral, y los centinelas se abstienen de registrados.

Gracias a este privilegio, el doctor Agesilao Mendieta, caada domingo penetraba en el arriuralllado recinto con sus altaneros bigotes, su dulce tonada y su luído sobretodo, en cuyos amplios bolsillos llevaba, entre rollos de ese característico paapel Romaní que usan en los tribunales, media docena de empanadas y algunas ruedas de salchichón.

De papel se proveía gratis en las oficinas públicas por donde merodeaba, y de vívires, al fiado, en el a1macén de la esquina.

Franqueada la primera puerta, el visitante se hallaba ante la reja de gruesos barrotes, que custodiaba un centinela, máuser al homibro, y un portero, llave en mano.

Cuando el que llega es un abogado famoso, o un personaje político, ell portero y centinela saludan cortésmente.

¡Cuán feliz habría sido el doctor Mendieta si aquel par de cancerberos alguna vez ¡le hubiera sadudado con cerenimonia! Lejos de eso, el portero hada girar la Flave con displicencia, y el soldado ni se dignaba mirado.

Más descomedido era el recibiniento dell alcaide, que, sin levantarse de su asiento, gritaba a una ordenanza:

-Vaya, tráigale sus presos al dotor...

Pronunciar mal adrede la palabra dotor, era señal de desdén.

El doctor Mendieta no se daba por aludido. Si ailgún día llegaba a tener mando sobre aquellos ruines em.ipleadillos, les cobraría caro sus desaires. Entretanto se limitaba a advertir, con voz recia:

-Además de los presos -Tal, y Tal, y Tal, hoy quiero ver a f'ulano y Zutano y Mengano. Seis en total.

-¿Y los quiere ver a los seis juntos, dotar?

-Sí, señor alcalde; así mato seis pájaros de un tiro.

-¿No quiere matar tres hoy y dejar vivos hasta mañana a ¿los otros tres?

El doctor Mendieta se infló:

-¡Diga! ¿Me quiere cachar?

-¡No piense en eso, dotor!

-¡Entonces déjese de metáforas y traiga mis seis preso!

Estoy en mi derecho, pues soy su defensor como lo puedo atestiguar con documentos…-y al decirlo golpeaba el paquete de empanadas, enyueltas en papel Romaní-. Además, mi amigo el excelentísimo señor ministro de Justicia e Insstrucción Pública me ha autorizado por nota que tengo aquí...

Y metió la mano al bolsollo interno del sobretodo, y palpó las rodajas de salchichón.

-Está bien, dotor-respondió el a1caide, haciéndose el humilde-. Vaya, tráigaleios seis pájaros a ldotor, para que los mate de un tiro.

Al rato llegaban los seis presos en fila, vestidos de burda tela azul, con gorra de fagina y custodiados por dos centinelas.

En la sala limpia y glacial de los abogados los esperaba el doctor Mendieta, con el sombrero puesto, de miedo a los aires de un ancho tragaluz, enrejado, que había a cuatro metros de altura.

Sobre el piso de baldosas, brillante como un espejo, resonaron .los gruesos botines.

-¡Buenos días, mis amigos!

Ni siquiera aquellos humildes clientes, que eran, las más de Ias veces, auténticos pobres diablos, inhabilitados por su pobreza para pagarse defensores de más fuste, trataban al doctor Mendieta con el respeto que él deseara.

¡Dime lo que cobras y te diré lo que vales! ¿Cuánto podía

Valer aquel abogado, que por un peso redactaba un escrito piidiendo el indulto, y por cincuenta centavós recusaba un juez y por veinte solicitaba pronto

despacho?

Y demás de eso estaba siempre dispuesto a prestarles pequeños servicios, que ellos pagaban con figuritas de cigarrillos o sellos de correo, canjeables por dinero en el almacén de la esquina, puesto que en la cárcel está prohibido tener otra suerte de moneda.

-¡Vamos a ver con qué nos sale hoy, doctor! ... -exclamó uno.

-Porque la mortadela del domingo pasado, tenía gusto a cuero -explicó otro.

-¡Si nos trajera un medio litro de caña, como antes!

-¡Ah! ¡Eso era antes! Ahora reina aquí una intolerable disciplina.

-Pero al menos que las empanadas no parezcan alpargatas viejas.

-¡Bah, bah! ¡Qué exigentes se están poniendo estos angelitos! Primeramente, ni la mortadela, ni las empanadas las produzco yo. Las compro y a buen precio. En segundo lugar, ustedes no pagan mucho, que digamos.

-Se las pagamos el triple de, lo que valen.

-¡Sí, pero en qué moneda!...

-Le pagamos en la única moneda que nos permiten.

-Está bien. No perdamos tiempo. El que quiera empanadas que se ponga a, la derecha; el que quiera salchichón que se ponga a la izquierda.

Uno de los presos, cuya fisonomía, torva.y triste, contrastaba con 1a chispeante, maliciosa y hasta simpática de los otros, se apartó del grupo, hasta el fondo de la habitación.

-Vos ¿qué querés?

-¡Nada!

El doctor Mendieta -recordó haber recibido una carta de un preso, que le pedía lo visitase por asuntos de importaricia. Tal vez fuera ése el nirevo cliente.' Tenía .raya de pagar mejor.

-¿Usted me escribió' esta carta?

-Sí-respondió secamente el interrogado.

-¿Usted es Juan Fugito?

Inclinación de cabeza afirmativa,

-¿No quiete empanadas ni salchichón?

-¡No!

-¿Qué quiere, pues? -Hablar con usted, a solas.

-Muy bien. Voy a despachar a estos dientes. Usted, en·tretanto, vigile.

El doctor Mendieta en pezó a desenvolver su mercadería.

-A ver, primero, con qué van a pagar.

Cada cual exhibió unas cuantas figuritas de cigarrillos. Satisfecho el doctor Mendieta negoció sus víveres, que allí mismo devoraron sus muchachos; y entró en la segunda parte de sus funciones.

Desenrolló sus papeles y mostró los escritos que llevaba sabiamente preparados y a cada cual leyó el suyo.

Pedidos de justicia o de gracia a los jueces, al ministro, al presidente de la República, que los desventurados firmaban con, la invencible ilusión del prisionero.

Así que' hubieron discutido y firmado y pagado el estipenndio en la averiada moneda del presidio, el doctor Mendieta les dijo adiós, para dedicarse al híspido y torvo Juan Fugito.

Lo primero que éste hizo fué extraer de la suela de sus zapatos un billete de cincuenta pesos.

-lo no pago con figuritas-dijo hoscamente.

-¡Ya me percato de ello!-exclamó el doctor Mendieta, quitándose el verdoso melón y limpiándose la frente sudorosa. En veinte años, ni una sola vez había cobrado de golpe semejante suma.

-Y esto no es más que· a cuenta. Lo he mandado llamar seguro de que usted no se me va ·dormir, y va a ocuparse hoy mismo de mi asunto, porque como tiene pocos pleitos...

-¡Hombre, no por eso, sino por mi reconocida actividad!

-¡Pocos pleitos! -insistió Fugito, y Mendieta saco de su garganta una tosecilla complaciente.

-No sé si vale la pena advertirle, doctor, que lo que yo le diga debe quedar secreto.

-¡Soy un Sepulcro! -afirmo el doctor Mendieta, llevándose una mano al pecho-.Sé guardar, como nadie, el sagrado secreto profesional. ¡Hable sin miedo!

-Yo nunca tengo miedo -rep1ico Fugito, sonriéndose con la mitad de la boca-.Además, desde la cárcel, o desde el infierno, sabría castigar al que me vendiese, aunque fuera un personaje. Yo también soy Personaje a mi manera y en mis negocios...

-¿y por qué se halla en la cárcel, amigo mío? ¿Algún funesto error judicial?

Sonrisa amarga de la mitad de aquella boca.

-¡Puah! Estoy preso porque se me revento una goma del auto, cuando huía a 120 ki1ometroo, después que lo freí de un balazo al judío indecente León Coca...

Mendieta hizo.un gesto que significaha: "Ya me acuerdo", y el otro sonrio con Cierta complacencia.

-¿Se acuerda? Me alegro. El asunto fué ruidoso, y todo el mundo hablo de mí. La cosa, pues, ocurri6 en una timba, o como quiera llamarla, de la Boca, a la medianoche olavada. Cinco minutos después, en mi Ghrysler, habría pasado el puente de .Avellaneda. Usted sabrá, quizá, que en la provinncia de Buenos Aires, Juan Fugito no es un gato. Mis amigos son "muñecas" y me habrían escondido hasta que pasara "la bronca". Pero los "canas" me "persiguieron a balazos, y un tiro me revento· una goma y me puso en llanta. Cayeron sobre mí; pude dejar panza arriba tres o cuatro. No quise complicar el negocio y me entregué...

-Ya entiendo.

-Lo he llamado, pues, para proponerle una diligencia.

Necesito hacer llegar a don Zacarías Blumen, noticias mias. El no debió dejarme en la estacada. El viaje de León Coca al otro mundo le interesaba a él más que a mí. Usted no comprende, pero yo sí, y cuando usted se lo diga, él tamibién comprenderá. Estoy aquí, por intereses comunes y es justo que él se empeñe en sacarme antes que me manden a la Tierra. ¿Usted no ha estado en la Tierra?

Sabía el doctor que los maleantes llaman ia Tierra al temiible presidio de Ushuaia, en los fríos mares del Sur.

-¡Dios me libre! -exclamó.

-Bueno, yo sí; yo conozco el paisaje de la Tierra de Fuego, y no quiero volver allá. Hay que apurar los trámites. Hoy mismo me lo visita a don Zacarías y le dice redondamente, que a mí no me falta plata, sino libertad; y que él e.stá en condiciones de conseguírmela, por muchos caminos...

-¿Un indulto, por ejemplo?

-Cualquier cosa. Ya en primera instancia me han conde nado a veinte años...

-Pero si todavía no lo han condenado en segunda instancia, no procede el indulto, según la jurisprudencia y la sana doctrina

-¡Vea, viejo! -exclamó impaciente Fugito, palmeándolo en la espalda-. No me venga con doctrinas, ni con .jurisprudencias. Vaya hoy mismo, y dígaie a don Zacarías Blumen que yo no aguanto más. Necesito salir, y si él me saca

-¿Qué?

-Lo haré gobernador de la provincia de Buenos Aires; más todavía, presidente de la República.

-¿Usted? -preguntó alelado el doctor Mendieta.

-¡Yo! -afirmó tranquilamente el preso.

-¿Como?

-No es hora de explicar; pero en Guanto se lo diga, don Zacarías, que es muy rana, va a entenderie

-Sí, pero, ¿me creerá?

-Vaya hoy mismo, y repítale esta conversación, y venga mañana.

Con esto el preso dió media vueha y plantó a su abogado; pero en el momento en que iba a salir, se le aproximó y le dejó caer esta advertencia en el oído:

-Naturalmente, .si usted habla de esto con alguien más, vaya arreglando cuentas, porque no tardará en juntarse en la Chacarita con León Coca y con el mlismo don Zacarías si éste "la trabaja de ortiba" (chismea).

El doctor Mendieta era viudo, o cosa equivalente, pues no tenía noticias de cierta dama con la cual se casó vein.te años atrás. Vivía solo en una de esas casonas señoriales, que abundan en las cercanías de Santo Domingo, al sur de la plaza de mayo.

Mansiones que antaño fueron espléndidas, en donde nacie· ron y murieron próceres y se dieron fiestas que hicieron épooca en la crónica social; casa de ilustre y larga historia, que solo algún viejo recuerda, señalándolas con el bastón: "Esta, era la casa del brigadier Tal." "Aquí vivieron los Fulánez, cuando eran ricos, hasta que se fundieron." "¡Qué bailes se daban aquí!"

En las grandes ciudades europeas, edificios de esta alcurnia tienen siempre alguna placa de mármol que refiere el rasgo saliente de su historia: "Aquí nació don Fulano de Tal", "Aquí murió en tal día y año el General X."

Pero los argentinos no tienen, si no es por moda, el culto de las antigüedades, ni de las tradiciones.

Entre la venerable casona paterna, de un solo piso y enormes patios, barridos por todos los vientos del sur, y un deparo tamento en calle norteña, del décimo al vigésimo piso de un rascacie1o, con ascensores que marchan como trenes, buena calefacción y cocinas eléctricas, no vacilan un momento. Boto es más confortable, más moderno y sobre todo más barato.

Hay que tener buenos riñones para sostener una casa de tres patios, veinte habitaciones y una huerta.

Cuando las familias eran numerosas.y vivían reunidas vaadas generaciones y se disponían dos o tres salas de recibo, y algunas piezas para amigos o parientes que llegaban de las provincias sin decir ¡agua va! y se instalaban por meses y meeses, la gente de abolengo y de fortuna necesitaba .casas así, y el no tenerlas significaba decaer del rango.

Mas ahora no hay con qué llenarlas, ni mantenerlas; y sus dueños empiezan hallándolas demasiado grandes, y terminan abandonándolas por propia voluntad u obligados por un acreedor hipotecario, que de la noche a la mañana y por cuatro reales se queda con ellas.

Y un día sobre 1a ancha puerta de dos hojas, con hocicos de leones esculpidos y llamador de bronce, para alcanzar e. cual hay que subir tres escalones de mármol, aparece clavadc un cartel: Se alquila.

Durante años permanece la casona cerrada; no hay quien se .anime a ocupar los cuartos donde vaga el espíritu de viejos ii ustres, ni a tur.bar la solemnidad de aquellas salas de dorados artesones, donde bajo refulgentes arañas de caireles, se bailaron minués, mazurcas y lanceros, y nunca jamás un tango· ni un fox trot.

El barrio también ha decaído. Empresas de mudanzas, talleres de planchado, negocios de mala muerte y no mejor vida, ocupan la cuadra entera...

Un día las anchas puertas, con sus, leones descoloridos y; su mudo llamaron, vuelven a abrirse, y la casa austre secambia en infame conventillo, y se alquila pieza por pieza, última etapa de su decadehcia.Nunca más volverá a su essplendor antiguo, y cuando pase la crisis y vengan tiempos meejores, su propietario la venderá a quien la echará por tierra y construirá en sus 1,500 varas de solar, que antes a una sola familia se le antojaba estrecho, un asfixiante